TEATRO SELECTO CONTEMPORANEO

15

OSCAR WILDE
EL ABANICO DE LADY WINDERMORE

Traducción de Cristobal de Castro

14

Biblioteca Nueva

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/elabanicodeladywindermore

EL ABANICO DE
LADY WINDERMORE

OSCAR WILDE

EL ABANICO DE LADY WINDERMORE

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

PUESTA EN CASTELLANO POR

CRISTÓBAL DE CASTRO

BIBLIOTECA NUEVA

LISTA, 66.—MADRID

S. L. de Artes Gráficas—Cartagena-Madrid

EL TEATRO DE OSCAR WILDE

LA CARA Y LA CARETA

El Oscar Wilde que conoce nuestro público ¿es el verdadero Oscar Wilde?

En España este nombre, raro y sinfónico, aparece la vez primera, aureolado por Gómez Carrillo, como el de un príncipe modernista, pródigo, impertinente y amoral.

Creemos fué en «La Vida Literaria»—que, dirigida por Jacinto Benavente, era, hace veinte años, un Parnasillo *de bohemios aristocráticos y una pintoresca oficina de novedades intelectuales,—donde se destacó el perfil, elegante y cínico, del escandaloso profesor de inmoralidad, autor de «Salomé» y amigo licencioso de lord Alfredo Douglas.*

Después, cuando, cansados los precur-

608384

seres, abandonaron a Oscar Wilde en un diván del Café Madrid, vinieron las ajadas turbas de pseudos a izarlo, como pabellón, más bohemio y rebelde, que literario.

Y desde entonces, durante años y años, el audaz vulgo de las letras—que, como el de la política, gobierna siempre y medra siempre—manoseó en sus francachelas la genial figura. Voceada escandalosamente su vida y casi totalmente ignorada su obra, el público español confirma ingenuamente su concepto liviano de Oscar Wilde en las primeras representaciones de «Salomé». Ya no podrá desvanecerle nadie la silueta tortuosa, trazada con el lápiz sádico, la careta satánica, modelada por unas manos epilépticas. De este modo, cuando se inician las traducciones españolas del inglés genial, ya vienen precedidas del escándalo. La representación de sus comedias levanta disputas. Unos traductores atacan a otros. Tiene que intervenir el juez de guardia. Hay un pleito. Surge una cuestión personal...

*

Ramón Pérez de Ayala, con atención escrupulosa, examina la obra y la vida

de Oscar Wilde en varios y considerables artículos. Ramón Gómez de la Serna, con juvenil afán, acude a presentarnos la vida y la obra, en unos prólogos amenos. Pero ambos llegan tarde. Traen la cara del escritor, cuando ya el público conocía la careta.

Examinando atentamente ese complejo, vasto y genial espíritu, que es «el hombre del éxito» en los teatros, en los salones y hasta en las calles londinenses, y luego «el hombre del olvido» en la cárcel de Reading y en la obscura posada de Bederval, se disculpa el error de muchos comentaristas que suponen abierta oposición entre la vida y la obra de Oscar Wilde, por aquellas palabras suyas: —«Yo no he puesto en mis libros más que talento. El genio lo he puesto en mis obras.»

Sus más autorizados biógrafos—desde Roberto Ross, el íntimo y testamentario, hasta Andrés Gide, su colega en cenáculos de París, pasando por su delicioso panegirista Anthony Hope,—se obstinan en hacer de Wilde un admirable prestidigitador. Cada uno de sus improvisados cuentos, de sus impetuosas salidas de tono, de sus rasgos de ingenio en la conversación, deslumbraban a sus amigos al extremo de exclamar Gide:

—«*Wilde no es un gran escritor. Semejante a los filósofos griegos, no escribía, sino conversaba. Lejos de sostenerlo, sus obras se hundieron con él.*»

Hechos universales han demostrado lo contrario. La obra de Oscar Wilde adquiere, en todas las naciones cultas, un valor de excavación. Y conforme se estudien más aquellas menos estudiadas—«El alma del hombre», «El crítico, considerado como artista,»—«el hombre del olvido» acabará por imponerse al «hombre del éxito», y el Oscar Wilde del dolor al Oscar Wilde del placer.

Contra lo que han supuesto muchos, hay un perfecto acuerdo entre la obra y la vida del brillante ingenio. Lo que no hay es transición, matiz, penumbra. Es todo luz (indómito, audaz, cínico, tentador, apóstol del mal, como Luzbel) o todo sombra (humilde, encarcelado, doliente, olvidado, apóstol de la servidumbre, como Job.) Toda su obra reproduce, como un espejo, toda su vida. Sus cuentos, sus novelas, sus comedias, responden a este satanismo delirante:

—«*Antaño yo vivía exclusivamente para el placer. Huía de todas las formas del sufrimiento y del dolor. Los odiaba. Había resuelto ignorarlos en lo posible*

tratarlos como modos de imperfección.»

Esto, más que un sistema filosófico, es toda una teoría estética. Wilde es un suntuoso epicúreo en sus libros, como en su vida. Hasta que encuentra su camino de Damasco en el camino de la cárcel, este Sáulo de frac y cigarrillos dorados, no proclama a su «Dios ignoto», el Do. lor.

Yerran profundamente quienes tachan este dolor de lírico. La prueba irrefutable de que es humano, «demasiado humano», está en que piensa en los demás. Su apostolado socialista colectivista—claro y brioso refutador del comunismo—se adelanta a los fabianos en «El Alma del hombre». Léanse estas páginas de madurez y se esfumará la careta cínica, egoista, del «hombre del éxito», recobrando su puesto de realidad y de justicia la cara, fatigada y joven, pero ya con arrugas del dolor propio y con ceño por el dolor extraño, del «hombre del olvido», el generoso y triste Oscar Wilde.

EL TEATRO DE INTERÉS

«En el teatro—exclama un personaje de Richard Whiteing—no hay verosimil ni inverosimil, sino interesante o aburri-

do.» Este principio escénico, ya viejo desde Diderot, en su «Paradoja del comediante», informa toda la obra de Oscar Wilde.

El nervio de este teatro es, esencialmente, el interés. Su musa, el individualismo. Su técnica, la amenidad. En todas las comedias de Wilde podrá, probablemente, indignarse Beocia; en ninguna puede aburrirse.

Todo el arte de Wilde es una formidable exaltación individualista. La menor concesión al público es para él algo degradante. El progreso teatral, la historia de unas nobles rebeldías.

Wilde aduce a propósito el caso de Irving. Sabido es que el genial actor, luchando contra el público, impuso a Shakespeare y logró hacerlo popular.

—«Si Irving—observa Wilde—no hubiese tenido más fin que el de congraciarse con el público, habría representado las obras más vulgares, en la forma más trivial, con éxito y ganancias superiores a toda ponderación.

«Pero Irving—añade—era incapaz de tal designio. Su fin era alcanzar la perfección propia como artista; pero alcanzarla en ciertas condiciones y en determinadas obras de arte.

«Primero se dirigió a pocos; ahora educa a muchos. Ha creado en el público gusto y temperamento. El público lo aclama fervorosamente Yo me pregunto con frecuencia si el público comprende que estos inmensos éxitos de Irving se deben a que, en vez de aceptar las normas que le imponía el público, acabó imponiéndole las suyas.

«De someterse al público, el teatro del Liceo se habría convertido en una especie de barraca de segundo orden, como algunos teatros londinenses de hoy.»

Vemos, pues, que la aspiración de Wilde no es una vanidad furiosa, sino una meditada y noble estética. Busca la originalidad no como algunos topos literarios han chabacanamente supuesto, por afán de notoriedad ridícula, sino por amor de originalidad creadora. Lejos de ver en él el «snob», saliendo con las manos en los bolsillos y el cigarrillo entre los dientes, a recordar al auditorio que, si aplaudía su comedia no era por el autor, sino a pesar de él, debemos ver al domador que ensaya, sonriendo, sus arriesgados ejercicios, metiéndose entre fieras y sin otra arma que la fusta.

*

Todo su teatro, desde «Salomé» a «La duquesa de Pádua» y desde «Una mujer sin importancia» a «El abanico de Lady Windermore», tiene por cerebro la exaltación individualista; por corazón, el interés dramático y por cara, el gesto sonriente del humorismo.

El sentido de selección y de elegancia intelectual, que es la naturaleza literaria de Oscar Wilde, luce espléndidamente en sus comedias, más que bosques frondosos, como los de Shakespeare, jardines recortados, como los de Shéridan. La vida de sus personajes tiene, acaso, un exceso de literatura; pero el ingenio de su diálogo es, en sus manos de humorista, como la clave en manos de Hércules. Mientras dura la representación es punto menos que imposible reaccionar contra el interés escénico. Y mientras no acaba la lectura, se está bajo el encanto de su humorismo delicioso.

Este gran Duarca de la escena, que domina igualmente al espectador y al lector, llenó, durante mucho tiempo, él solo, los tres mejores teatros de Londres y todos los escaparates de las librerías inglesas. Luego, el marqués de Queensberry, al denunciarlo por sus tratos con lord Douglas, le destronó fulminante-

mente. Luego, la misma tradición puritana que desterrara a Shelley y expatriara perpetuamente a Byron, lo condenó a perpetuidad, lapidando inquisitorialmente su nombre y prohibiendo, por Santo Oficio, sus obras.

Pero el Arte, émulo de Dios, tiene también resurrecciones. Y la obra y el nombre de Oscar Wilde resucitan ahora de entre los muertos y subirán, por siempre, a los cielos de la inmortalidad...

Cristóbal de Castro.

PERSONAJES

LADY WINDERMORE.
LA SEÑORA ERLYNNE.
LA DUQUESA.
AGATA.
SEÑORA COWPER.
SEÑORA BELBOURG.
SEÑORA PLYMDALE.
ROSALÍA, *doncella.*
LORD WINDERMORE.
LORD DARLINGTON.
LORD LORTON.
PLYMDALE.
GRAHAM.
DUMBY.
HOPPER.
PARKER, *criado.*

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Saloncito en casa de lord Windermore. Cuadros. Vitrinas. Escritorio con libros y periódicos. A la izquierda mesita para té. A la derecha otra mesita ante la cual lady Windermore coloca flores en un jarro... Sobre esta mesa un abanico antiguo. Una tarde de otoño.

LADY WINDERMORE, PARKER, LORD DARLINGTON

PARKER

Entrando por la izquierda

¿La señora permite?

LADY WINDERMORE.

Sí. ¿Quién es?

PARKER

El señor Darlington, excelencia.

LADY WINDERMORE.

Tras un momento de excitación.

Que pase... No estoy en casa para nadie, Parker.

PARKER

Está bien, excelencia.

Sale.

LADY WINDERMORE.

Me alegro, así se aclarará la situación.

PARKER

Anunciando.

El señor Darlington.

Sale.

ESCENA SEGUNDA

DARLINGTON.

¿Cómo va, Margarita?

LADY WINDERMORE.

¿Qué tal, Darlington?

Viendo que Darlington le tiende la mano.

¡Ay, no! La mano no... Estas rosas me la han mojado completamente. Son magníficas, ¿eh?...

DARLINGTON.

Son verdaderamente espléndidas.

Reparando en el abanico.

¿Y este abanico, este maravilloso abanico, permite usted que lo curiosee?

LADY WINDERMORE.

No faltaba más. Es precioso ¿verdad? Regalo de mi marido por mi cumpleaños. ¿No sabe usted que es hoy mi cumpleaños?

DARLINGTON.

No... ¿De veras?

LADY WINDERMORE.

Y tanto. Además, desde hoy soy mayor de edad. ¡Oh, es un día de los más impor-

tantes de mi vida! ¿No?... Pues por eso es la fiesta de esta noche, por mi cumpleaños.

DARLINGTON.

Me mortifica no haberlo sabido. Hubiera hecho alfombrar de flores esta calle para que caminara usted sobre flores.

LADY WINDERMORE.

Seria.

Darligton, anoche en el baile del ministerio me disgustó usted mucho. Temo que vuelva usted ahora...

DARLINGTON.

¿Yo? ¡Oh, por Dios!

LADY WINDERMORE.

Póngalo allí, Parker. Esta bien.

Sale Parker. Lady Windermore se enjuga las manos, va a la mesa del té y se sienta.

¿No viene usted aquí, Darlington?

DARLINGTON.

Sentándose junto a ella.

Estoy desoladísimo, señora. ¿Qué he hecho para esa seriedad conmigo?

LADY WINDERMORE.

¿Qué ha hecho usted? Cumplimientos exagerados. ¿Le parece poco?

DARLINGTON.

Pero, por Dios, los cumplimientos es una de las pocas cosas que se pueden hacer...

LADY WINDERMORE.

Moviendo la cabeza.

No, no. Hable en serio. A mí los cumplimientos exagerados, me disgustan. No puedo comprender que un hombre piense agradar a una mujer diciéndole una serie de cosas en las que no cree ni por pienso.

DARLINGTON.

¡Ah! Pero la cuestión es que yo lo creo formalmente.

LADY WINDERMORE.

Sentiría enfadarme, Darlington. De veras. ¿Por qué, siendo mejor que casi todos, se empeña usted en parecer peor?

DARLINGTON.

¡Cada uno tenemos nuestra vanidad!

LADY WINDERMORE.

Pero, ¿por qué poner la vanidad en esto?

DARLINGTON.

Se ven hoy tantas gentes presuntuosas, afanadas en parecer mejores, que me parece más discreto fingirse un poco peor de lo que uno es. Además, si uno finge que es muy bueno, la gente lo toma en serio en seguida; si uno finge ser malo, no. Tal es la necedad del optimismo.

LADY WINDERMORE.

¿Y por qué no quiere usted que le tomen en serio?

DARLINGTON.

Porque el mundo no toma en serio sino a

los tontos... Sin embargo, quisiera que me tomase usted en serio.

LADY WINDERMORE.

¿Yo? ¿Y por qué yo?

DARLINGTON.

Porque seríamos muy buenos amigos. ¿No quiere usted que seamos muy buenos amigos? Un día u otro se echa de menos un amigo leal.

LADY WINDERMORE.

No comprendo... además, ¿no somos ya buenos amigos? Y seguiremos siéndolo... A menos que...

DARLINGTON.

¿A menos qué?

LADY WINDERMORE.

A menos que siga usted diciéndome galanterías que no me gustan. ¿Hago la puritana, no? Pues no lo puedo remediar. Me educaron así, y así soy. Cuando murió mi madre era yo chiquitina, y mi tía, la hermana mayor de mi padre, me llevó a su casa. Mi tía fué siempre rigidísima conmigo y me enseñó lo que el mundo va olvidando. La diferencia que hay entre lo que está bien y lo que está mal. Ella no admitió nunca términos medios y yo tampoco los admito.

DARLINGTON.

¡Admirable, admirable!

LADY WINDERMORE.

¿Que no soy mujer de mi tiempo, ver-

dad? Pues me alegro; porque para los tiempos que atravesamos...

DARLINGTON.

¿Cree usted que son tan malos?

LADY WINDERMORE.

Son peores. Hoy se considera la vida como una especulación. Y no es una especulación, sino un sacramento. Su ideal es el amor, y su purificación el sacrificio.

DARLINGTON.

¿El sacrificio? Antes la muerte que sacrificarse.

LADY WINDERMORE.

¡No diga usted esas cosas, Darlington!

DARLINGTON.

Lo digo. Lo siento. Lo sé.

PARKER

Entrando.

Los operarios que si ponen el tapiz en la terraza para esta noche.

LADY WINDERMORE.

¿Lloverá, Darlington?

DARLINGTON.

¡Llover el día de su cumpleaños! Yo me encargo de que no llueva...

LADY WINDERMORE.

Bueno, que pongan el tapiz, Parker.

Sale Parker.

DARLINGTON.

Siempre sentado.

Vamos a ver.

LADY WINDERMORE.

Vamos a ver.

DARLINGTON.

Se trata de un caso hipotético, naturalmente.

LADY WINDERMORE.

Venga el caso hipotético.

DARLINGTON.

Una joven lleva dos años de casada...

LADY WINDERMORE.

Hay muchas...

DARLINGTON.

De pronto su marido se enamora de una mujer de reputación ambigua—que también hay muchas.—La visita, come con ella cada dia, le paga las cuentas cada mes... ¿Esta joven casada tiene el derecho de vengarse?

LADY WINDERMORE.

¿De vengarse?

DARLINGTON.

Si. ¿No cree usted que tiene derecho?

LADY WINDERMORE.

Porque sea abyecto el marido ¿va a ser abyecta la mujer?

DARLINGTON.

¿Abyecta? ¡Emplea usted palabras terribles!

LADY WINDERMORE.

¡Porque habla usted de cosas terribles!

DARLINGTON.

Lo peor que se puede hacer en este mundo es conceder al mal una importancia extraordinaria. Digo, no. Lo peor de todo es este absurdo de dividir a la gente en mala y buena. La gente no es mala ni buena; es agradable o enojosa, y nada más. Yo estoy por las personas agradables. Por eso he venido a ver a usted.

LADY WINDERMORE.

¡Vamos, Darlington, vamos!

Se levanta y empieza a pasearse.

Voy a acabar de colocar mis rosas.

Va a la mesa.

DARLINGTON.

Levantándose.

Me parece que es usted demasiado rígida.

Movimiento de Lady Windermore.

Hay que ser indulgente. La vida es eso, la indulgencia. ¿Cree usted que las mujeres que cometen faltas no debieran ser perdonadas nunca?

LADY WINDERMORE.

Nunca.

DARLINGTON.

¿Y los hombres?

LADY WINDERMORE.

Lo mismo.

DARLINGTON.

¿La misma ley para los hombres que para las mujeres?

LADY WINDERMORE.

¿Y por qué no?

DARLINGTON.

Yo creo que la vida es una cosa harto compleja para someterla a unas leyes tan fijas y tan inexorables.

LADY WINDERMORE.

Si se cumpliesen esas leyes tan fijas y tan inexorables, la vida sería una cosa muy sencilla.

DARLINGTON.

¿No admite usted ninguna excepción?

LADY WINDERMORE.

Ninguna.

DARLINGTON.

¡Qué puritana tan fascinadora!

LADY WINDERMORE.

¿Y las promesas, Darlington? ¿Qué falta hacía el adjetivo?

DARLINGTON.

El adjetivo es más fuerte que yo. Sé resistir a todo... hasta a las tentaciones; pero al adjetivo...

LADY WINDERMORE.

Veo que tiene usted la afectación moderna de ser débil, Darlington.

DARLINGTON.

Acercándose a Lady Windermore.

Pero no pasa de la afectación.

PARKER

Anunciando.

La señora duquesa de Berwich. La señora Carslile.

Entran la duquesa y Agata y sale Parker.

ESCENA TERCERA

Dichos, la Duquesa *y* Lady Agata.

LA DUQUESA.

Saludando a Lady Windermore.

¡Oh, Margarita!

LADY WINDERMORE.

Julia, cuánto tiempo.

LA DUQUESA.

¿Qué tal? Te acuerdas de Agata, ¿no?

A Darlington.

¿Cómo va, Darlington? Estoy por no presentarle a mi hija, mala persona.

DARLINGTON.

Duquesa, mi palabra que no soy malo. Como mala persona, fracasé. ¿No sabe usted que dicen por ahi que soy un bendito? Claro está que lo dicen cuando yo no lo oigo. Pero lo dicen.

LA DUQUESA.

Sí, si. Un bendito... Agata, hija mía; el señor Darlington. Fíjate bien en él para que no le creas nada de cuanto te diga.

Se sienta.

No, hija, gracias.

A lady Windermore rechazando el té.

Hemos tomado el té en casa de Sofía, y estamos... ¡Qué té, señor! Figúrate. De la tienda de su marido. ¿Con que esta noche baile espléndido?

LADY WINDERMORE.

¿Espléndido en mi casa? Cuatro valses por mi cumpleaños y nada más. Una reunión modesta que acabará a muy buena hora.

DARLINGTON.

¿Modesta una reunión en esta casa? ¿Qué le parece a usted, duquesa?

LA DUQUESA.

¡Hombre! Ya sabemos que habrá de ser escogidísima. Esta casa es de las pocas casas de Londres a donde llevo yo a mi hija sin ningún recelo. Porque se está poniendo Londres... ¡Yo no sé donde vamos a parar! Cada día frecuenta los salones gente más equívoca. La otra noche, en mi casa, había algunos tipos... Pero ¿qué se va a hacer?...

LADY WINDERMORE.

No invitarlos.

LA DUQUESA.

Pues entonces se expone una a dar el baile para la familia.

DARLINGTON.

Y hay familias que tendrían que echar gente de su casa.

LA DUQUESA.

Los hombres, menos mal. Pero, ¿y nos

otras? Al principio del matrimonio nos ponen en el centro de la escena; luego nos van arrinconando, arrinconando...

DARLINGTON.

Es curioso este juego del matrimonio. La mujer tiene siempre las mejores cartas y siempre pierde la partida.

LA DUQUESA.

¿Llama usted partida al matrimonio?

DARLINGTON

Una definición como cualquiera otra.

LA DUQUESA.

Darlington, es usted un depravado.

LADY WINDERMORE.

Sobre todo es muy frívolo ¿verdad?

DARLINGTON.

¿Por qué?

LADY WINDEMORE.

Porque habla usted de la vida siempre en broma.

DARLINGTON.

La vida es una cosa demasiado importante para hablar de ella en serio.

Va al centro de la escena. Lady Windermore se levanta.

LA DUQUESA.

¡Sabe Dios lo que habrá querido decir! Bien sabe usted que soy torpe, Darlington. ¿Qué ha querido usted decir con eso?

DARLINGTON.

Duquesa, el torpe he sido yo, que he querido decir y no lo he dicho.

Saludando para despedirse.

¿Verdad, Margarita? Duquesa, hasta la noche.

A Lady Windermore.

Porque supongo que esta noche me dejará usted venir.

LADY WINDERMORE.

Con tal de que suprima usted los adjetivos... Adiós, Darlington.

DARLINGTON.

Adiós, duquesa.

A Agata.

Adiós, y no haga usted caso de los hombres... ni de las mujeres...

Sale.

LA DUQUESA.

¿Qué ha querido decir, Margarita? Ven, hija mía; ese Darlington es terrible.

A Agata.

Oye, ¿por qué no te entretienes hojeando ese álbum?

AGATA

Bueno, sí.

Yendo al escritorio a mirar un álbum.

LA DUQUESA.

Sentándose junto a Lady Windermore.

Le gustan las fotografías hasta el delirio.

Creo que esto es señal de algo. Una muchacha que a su edad se entretiene con fotografías... ¿No crees?

LADY WINDERMORE.

Evidentemente.

LA DUQUESA.

Pues sí, hija mia. Cuando me enteré me puse hecha una fiera. ¡Pobre Margarita! ¿Y qué resolución has tomado?

LADY WINDERMORE.

Pero, ¿de qué me hablas?

LA DUQUESA.

De esa mujer abominable. ¡Y decir que viste tan bien! No, y lo malo es que casi todas ellas visten bien. Verdad es que si vistieran mal, sería el colmo. Yo me he enterado por mi hermano Augusto, que también anda loco por ella. ¡Si medio Londres está loco por ella!...

LADY WINDERMORE.

¿Pero de quién me hablas?

LA DUQUESA.

¿De quién va a ser? De la señora Erlynne.

Viendo a Agatá.

Agata, hija mia, ¿por qué no sales al jardín a ver la puesta de sol?

AGATA

Bueno, iré...

Sale.

LA DUQUESA.

Le gustan los crepúsculos que se muere... Me parece que una muchacha que a su edad se entretiene con los crepúsculos... ¿No?

LADY WINDERMORE.

Sí. Pero, ¿quién es esa señora Erlynne?

LA DUQUESA

¿De veras, no sabes quién es? ¡Señor! Por supuesto, que a todas nos pasa igual. ¡Si vieras, Margarita, cómo te compadecen por ahí!

LADY WINDERMORE.

¿Compadecerme a mí? ¿Por qué?

LA DUQUESA.

No hace dos horas, en casa de Jansen, decíamos: «Pero ¡qué cosas se están viendo! ¡Digo!... Windermore, el austero Windermore! Y con una mujer de esa índole!...

LADY WINDERMORE.

Pero. ¿Qué tiene mi marido con esa mujer? ¿Quién es esa mujer? ¿Cómo es esa mujer? ¡Mi marido!... Vamos. Absurdo...

LA DUQUESA.

Pues ese es el enigma. ¿Qué tiene que ver Windermore con la señora Erlynne? Es la pregunta que se hace todo Londres. Windermore va a buscarla todos los días, pasa con ella horas y horas, y cuando está con él no recibe a nadie absolutamente. Como ves, las señas son mortales... Bueno, pues a pe-

sar de todo, mi hermano Augusto y otros de su calaña dicen que lo que media entre Windermore y esa mujer no es el amor, sino el misterio.

LADY WINDERMORE.

Son disparates, son absurdos.

LA DUQUESA.

Son verdades. Lo sabe todo Londres. Yo creo que debes tomar una resolución enérgica. Sacar de aquí a Windermore. Llevártelo a Suiza, a Hamburgo, a Italia... Yo tuve que llevar a mi marido a Italia...

LADY WINDERMORE.

Levantándose.

No. Julia; todo eso es imposible. Llevamos dos años de casados. Mi hijo tiene apenas seis meses... ¿Quién emprende un viaje así?...

LA DUQUESA.

¡Pobre angelito! ¿Cómo está? ¿Es niño o niña? ¡Ah, no! Ahora me acuerdo; es un niño! ¡Qué lástima! Los niños son temibles. El mío es un calaverón. Ha salido de Oxford hace dos meses. ¡Si supieras las cosas que ha aprendido en aquella dichosa Universidad! ¡Oh! cuando llegue a hombre...

LADY WINDERMORE.

¿Es que todos los hombres son malos?

LA DUQUESA.

¡Todos, todos! Y no se hacen mejores

nunca. Los hombres se hacen viejos, pero no mejores. ¡Vaya, me voy! ¡Agata, Agata!

AGATA

Saliendo.

¡Mamá!...

LADY WINDERMORE.

Pero ¿dónde vais?...

LA DUQUESA.

Hasta la noche ¿eh? Una resolución enérgica, hija. Y sobre todo, no hagas escenas; los hombres aborrecen las escenas. ¿Qué es eso, Margarita? ¿Vas a llorar?

LADY WINDERMORE.

No, yo no lloro nunca.

LA DUQUESA

El llanto es el refugio de las feas y la ruina de las guapas. ¡Vamos, hija!

A Agata

AGATA

Vamos.

A Lady Windermore

Hasta luego.

LADY WINDERMORE.

Besando a Agata.

Hasta luego.

A la duquesa.

Gracias, Julia, gracias.

LA DUQUESA.

Saliendo.

Lo dicho; energía y energía.

ESCENA IV

LADY WINDERMORE. LORD WINDERMORE

LADY WINDERMORE.

¡Es espantoso!

Pausa

Ahora comprendo la intención de Darlington. Es inicuo, inicuo...

LORD WINDERMORE.

Entrando.

¿Qué cara es esa? ¿Es así como me agradeces el abanico, poniéndome esa cara? Vamos, ¿qué es?

LADY WINDERMORE.

¿Qué es?

LORD WINDERMORE.

¿Qué es? Sí. ¿Qué ocurre para que tengas ese gesto? Haces mal, muy mal...

LADY WINDERMORE.

¡Tú sí que has hecho mal ocultándome!... ¿Quién es la señora Erlynne?... ¿Callas?... ¿Quién es? Dilo. ¿Quién es?

LORD WINDERMORE.

No puedo decírtelo.

LADY WINDERMORE.

¿Que no puedes decírmelo?

LORD WINDERMORE.

¡No!

LADY WINDERMORE.

¿Por qué?

LORD WINDERMORE.

¡Por tí, por mí... por nuestro amor!...

LADY WINDERMORE.

¿Y hay algo por encima de nuestro amor?

LORD WINDERMORE.

El misterio...

LADY WINDERMORE.

¡Un misterio que rueda por todo Londres!... El misterio de una mujer que se subasta...

LORD WINDERMORE.

¡Oh, no hables así de la señora Erlynne!

LADY WINDERMORE.

¿Y la defiendes...? Pero, Dios mío, ¿es que estás loco?

LORD WINDERMORE.

¿Qué es lo que piensas, Margarita?

LADY WINDERMORE.

Pienso que tienes un modo muy raro de arruinarnos. ¡Oh, no es por el dinero, bien lo sabes! Por lo que toca a mí, ya puedes tirar por el balcón hasta el último mueble de la casa. Lo que me importa intensamente es que tú hayas pasado del amor que se entrega al amor que se compra. ¡Esto, esto es lo horrible! Yo soy quien se siente degradada, envilecida... ¡No puedes comprender mi horror! Cada ternura, cada juramento tuyo, queda en mi corazón y en mi memoria como una infección, como algo repugnante.

LORD WINDERMORE.

¡Oh, no hables de ese modo!.... ¡Que entre nosotros pase esto!...

LADY WINDERMORE.

¡Que entre nosotros pase esto!...

LORD WINDERMORE.

¡Jamás, jamás te quise como te quiero ahora! Nunca te dí una prueba como la que en estos días te estoy dando...

LADY WINDERMORE.

Pero entonces, ¿quién es esa mujer? ¿Por qué todos los días vas a verla? ¿Por qué le das tanto dinero? ¿No es verdad que le das mucho dinero? ¿Que vas a verla a diario?

LORD WINDERMORE.

Sí, es verdad.

LADY WINDERMORE.

¿Y no la quieres?

LORD WINDERMORE.

No.

LADY WINDERMORE.

Entonces, ¿qué misterio es este?

LORD WINDERMORE.

Un misterio implacable, fatal; una tragedia sorda.

LADY WINDERMORE.

¿Y yo no puedo saberla?

LORD WINDERMORE.

¡Oh, no! ¡No, no!

LADY WINDERMORE.

Pero la señora Erlynne, ¿es de veras la eñora Erlynne? ¿Tiene un marido?

LORD WINDERMORE.

El marido de la señora Erlynne murió ha- e años y ella está sola, sola en el mundo.

LADY WINDERMORE.

¿Sola? ¿Y tú?

LORD WINDERMORE.

Escucha, Margarita. Vamos a hablar co- o hemos hablado siempre. La señora rlynne...

LADY WINDERMORE.

¡Oh, no!

LORD WINDERMORE.

La señora Erlynne era honrada, respeta- a, honesta. Tenía un buen nombre y una rillante posición, y lo ha perdido todo, to- o. Las desgracias se pueden soportar, uando vienen traídas por los extra- os, por los accidentes de la vida. Pero lo ue es insoportable es la desgracia que se orjó uno mismo con sus manos. ¡Sufrir las ulpas propias! Este es el tormento de s tormentos. Hace veinte años, la señora rlynne cometió una falta... Era entonces na chiquilla. Se casó más joven que tú...

LADY WINDERMORE.

No sé como tienes valor para mezclar mi ombre al de esa...

LORD WINDERMORE.

Escúchame. Tú puedes salvarla. Ella de-

sea vindicarse, volver a entrar en sociedad... Tú debes ayudarla.

LADY WINDERMORE.

¡Yo!... ¿Yo?

LORD WINDERMORE.

Sí, sí. Tú. Yo te lo ruego, Margarita. Si tienes confianza en mi, hazlo. El misterio que me tortura desaparecerá con esto. En cuanto la señora Erlynne se restituya al trato de las gentes...

LADY WINDERMORE.

Levantándose.

Estás loco, loco...

LORD WINDERMORE.

Margarita...

LADY WINDERMORE.

Voy a vestirme. No hablemos más de esto. Tú has creído que porque estoy sola en el mundo me puedes engañar con tus supercherías y te equivocas. No estoy tan sola como crees. Tengo amigos, muchos amigos...

LORD WINDERMORE.

No hables como una niña frívola. Tú eres una mujer seria y sabes bien la responsabilidad de tus palabras. Esas palabras no son tuyas, sino de lo agrio de tu humor. Además, no quiero discutir. Quiero sencillamente y seriamente que recibas a la señora Erlynne al baile de esta noche.

LADY WINDERMORE.

Y yo sencillamente y seriamente te digo ue no quiero recibirla.

LORD WINDERMORE.

¿No?

LADY WINDERMORE.

No.

LORD WINDERMORE.

¡Oh, la tenacidad de la mujer honesta!

LADY WINDERMORE.

¡Oh, la debilidad del hombre abyecto!

LORD WINDERMORE.

Pues si tú no la invitas, la invitaré yo.

Va al escritorio, escribe la invitación, toca el timbre y asoma Parker.

LADY WINDERMORE.

Mira bien lo que haces. Mira que estás al orde de lo irremediable, Arturo. Que nues- o hijo... Pero, ¿de veras vas a enviarle la vitación? ¿Y has oído que te hablaba de uestro hijo?

LORD WINDERMORE.

¡Parker! Esta carta enseguida a la señora rlynne. No tiene respuesta. Enseguida, nseguida.

Sale Parker.

LADY WINDERMORE.

Si esa mujer pone los pies aquí, la insul- aré.

LORD WINDERMORE.

No digas eso.

LADY WINDERMORE.

Lo digo porque estoy segura de que lo hago.

LORD WINDERMORE.

¡Chiquilladas! Si hicieras semejante cosa, no habría en todo Londres una mujer que no se riera de tí.

LADY WINDERMORE.

No habrá en todo Londres una mujer decente que no me aplauda.

Cogiendo el abanico.

¿Tú ves el abanico de mi cumpleaños? Pues como esa mujer venga esta noche, se lo hago pedazos en la cara.

LORD WINDERMORE.

Pero ¿qué lenguaje es el tuyo?

LADY WINDERMORE.

El que corresponde a tus hechos.

Toca el timbre y entra Parker.

Parker, comeré en mis habitaciones. Cuide de que a las diez y media esté todo listo. ¡Ah! Y de pronunciar con claridad los nombres de los invitados, que algunas veces no se oyen bien. ¿Oye usted, Parker?

PARKER

Sí, excelencia.

LADY WINDERMORE.

A Parker.

Ese abanico...

Parker lo coge y se lo entrega a Windermore.

Piénsalo bien. Si viene esa mujer... Escríbele por Dios que no...

LORD WINDERMORE.

Es preciso que venga.

LADY WINDERMORE.

Entonces...

Va hacia la puerta.

LORD WINDERMORE.

Margarita...

LADY WINDERMORE.

Volviéndose.

¿Qué?

LORD WINDERMORE.

En una gran lucha interior.

No, no.

Lady Windermore queda en la puerta. Windermore se deja caer en una silla.

TELON

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Saloncito de recibir en casa de Lord Windermore. Paredes blancas, muebles color de rosa. Puerta al fondo que se abre sobre unos escalones. En el centro y a la derecha otra puerta que da a la terraza. A derecha e izquierda, puertas practicables al «budoir» y a la escalera. Palmeras, lámparas.

Al alzarse el telón se ve al fondo a la Duquesa, Lady Agata, dos invitados y Lady Windermore.

LADY WINDERMORE, *la* DUQUESA, LADY AGATA. *invitados que cruzan sin hablar.*

LA DUQUESA.

En el fondo.

Es extraño, no se vé a Windermore por ninguna parte. Ven, hija, enséñame el carnet. ¿Con quién vas a bailar?

AGATA

Yendo a un diván con la duquesa y mostrando el carnet de baile.

Primero, sir Arturo Hobbes.

LA DUQUESA.

Carnet en mano.

Pero hija, ¿te parece bien? ¡Cuatro bailes con cuatro hijos de familia! Esto no es serio Agata. Los hijos de familia son para las que no tienen con quien bailar.

AGATA

Pero mamá, ¿quieres que baile con los padres de familia?

LA DUQUESA

Quiero que bailes con personas serias, no con mequetrefes, que no tienen más que lo puesto.

AGATA

Napoleón cuando se casó con Josefina no tenía más que lo puesto...

LA DUQUESA.

Pero Napoleón no sabía bailar.

PARKER

Anunciando

Lord Plimdale... La señora Cowper. El señor Dumby.

Entran los tres. Lady Windermore acude a saludarlos. Plimdale da la mano a Lady Windermore y se dirige al fondo.

DUMBY

¿Qué tal, señora? Me figuro que el baile de esta noche será el último de la temporada...

LADY WINDERMORE.

Ha sido una temporada brillante, ¿verdad?

DUMBY

Brillantísima.

A la Duquesa.

Digo, duquesa, que el baile de esta noche será el último baile de la temporada...

LA DUQUESA.

Lo supongo. ¡Ha sido una temporada tan aburrida!

DUMBY

¡Aburridísima!

SRA. COWPER

A Dumby.

Señor Dumby...

DUMBY

Señora, aqui me tiene usted sin saber si temporada ha sido...

SRA. COWPER

Como todas. Asi... asi...

DUMBY

(¡Es lo que yo debiera responder siempre! sí, asi).

PARKER

Anunciando.

El señor Hopper.

LA DUQUESA.

A Agata.

El señor Hopper, es decir, media Australia.

AGATA

¿Y que voy a hacer yo con media Australia?

LA DUQUESA.

Procura quedarte con la otra media.

Viendo acercarse al señor Hopper.

De usted hablábamos. Anda, dí lo que hablábamos del señor Hopper...

AGATA

Pero, mamá...

HOPPER

¿De mí, duquesa? ¿Qué decían ustedes de mí?

LA DUQUESA.

¡Esta chiquilla!... ¿Sabe lo que decía? Que e cargan los jovencitos mequetrefes y que le gustan las personas serias. Ya ve usted a su edad... ¿No es raro?...

HOPPER

Raro, estupendamente raro. Sin embargo he notado en Agata cierta inclinación a las ideas fundamentales...

LA DUQUESA.

Dígamelo usted a mí, cuando tengo que estar pinchándole para que entre al salón ¡Oh! Si le enseñara a usted el carnet... No ha comprometido ningún baile...

HOPPER

Bailar es ridículo. No hay ningún hombre grande que haya bailado. Napoleón...

AGATA

Napoleón no sabía bailar...

HOPPER

Encantado

¿Eh? ¿Tiene o no tiene inclinación a la

deas fundamentales? ¿Le parece a usted que demos una vuelta por la terraza?

AGATA

Se está tan bien aquí...

LA DUQUESA.

¡Ay, hija! Me pones nerviosa con tu genio. ¿No sabes que me gusta la sinceridad? ¿Por qué no eres sincera? ¿Piensas que el señor Hopper va a envanecerse porque le digas lo que me decías hace poco?: «Si viniera Hopper, hablaríamos de algo serio en la terraza.» ¡Díselo a él, tonta, que no se envanecerá!

HOPPER

¡Envanecerme!...

AGATA

¡Pero mamá, me colocas en unos trances!...

HOPPER

Vaya, vamos a la terraza a respirar un poco.

Sale con Lady Agata por la izquierda.

LORD PLIMDALE

A la duquesa.

¡De modo que va bien lo del señor Hopper! Es un partido formidable...

LA DUQUESA.

¡Ya lo creo! ¡Dueño de media Australia!...

LORD PLIMDALE.

Sí, le llaman el hemisferio austral.

LA DUQUESA.

Viendo a Lord Windermore que sale por la derecha.

Windermore, ¿por dónde anda Margarita?

LORD WINDERMORE.

Hace poco entraba en el salón.

LA DUQUESA.

A Plimdale.

Lléveme usted, Plimdale.

Sale con Plimdale.

ESCENA SEGUNDA

LORD WINDERMORE, LORD ORTON, GRAHAM y PARKER

PARKER

Anunciando.

Lord Lorton.

LORD WINDERMORE.

¡Hombre, Lorton!

LORD LORTON

Vengo reventado.

LORD WINDERMORE.

Reventado... ¡de no hacer nada!

LORD LORTON

Perfectamente... ¿Hay algo que reviente más que el no hacer nada?

LORD WINDERMORE

¿Ya comienza el paradojista?

LORD LORTON

El paradojista, sí, señor. El hombre del análisis y de la síntesis. ¡Perfectamente!

Pausa.

Tengo que hablarte, pero muy en serio.

LORD WINDERMORE

¿Tú hab lando en serio?...

LORD LORTON

¿Para qué soy paradojista? Dime cosas de la señora Erlynne.

LORD WINDERMORE

Pero si nadie sabe nada... Si apenas la conozco yo mismo...

LORD LORTON

¿De manera que no conoces a la Erlynne? ¿Todo el día en su casa y no la conoces? ¡Perfectamente!

LORD WINDERMORE

¿Es que basta con ver todos los días a una persona para conocerla?

LORD LORTON

Dudoso.

También es verdad... ¿Basta con ver todos los días?... ¿Sabes que me dejas perplejo?

LORD WINDERMORE

¡La señora Erlynne! La señora Erlynne es un misterio.

LORD LORTON

¡Un misterio! Perfectamente. En todas

partes se habla de ella. Por la mañana en Hyde Park; por la tarde en el club; esta noche en casa de mi hermana Arabella. No voy a un sitio donde no se hable de la señora Erlynne.

LORD WINDERMORE

¿No será que a todas partes llevas tú la conversación sobre la señora Erlynne?

LORD LORTON

Me dejas parado. ¿No será que a todas partes...? Puede que sí, y puede que no...

LORD WINDERMORE

Voy a dar una vuelta...

LORD LORTON

Escúchame. ¿Crees que estoy enamorado de la señora Erlynne?

LORD WINDERMORE

Bromeando.

¡Hombre! Puede que sí y puede que no, como tú dices.

LORD LORTON

No te pregunto lo que digo, sino lo que tú crees. ¿Crees que estoy enamorado de la señora Erlynne?

Ante el silencio de Lord Windermore.

Perfectamente...

LORD WINDERMORE

¡Como tú entiendes el amor de un modo tan raro!

LORD LORTON

El amor es la paradoja de las paradojas.

A un hombre melancólico le gusta una mu-
er risueña. A una mujer alegre, un hombre
riste. ¿Me negarás la paradoja?

LORD WINDERMORE

Sí. Pero aún no sabemos si la señora
Erlynne es cándida o si es risueña; y tú no
abes de tí mismo si eres alegre o si eres
nelancólico...

LORD LORTON

¡Perfectamente! La señora Erlynne me
rata con tal indiferencia, que parece que ya
stamos casados. Ante ella no me acuerdo
le que estoy viudo. Fíjate bien. Soy viudo y
me creo que estoy casado. ¿Es esto? Creo
que estoy casado y soy viudo. ¿Me negarás
a paradoja?

LORD WINDERMORE

No sé responderte, la verdad.

LORD LORTON

Ahí quería verte; ahí. Digo una paradoja
y no sabes qué contestar. ¡Perfectamente!
La paradoja es la soberanía del pensamien-
o propio.

LORD WINDERMORE

O la fatiga del ajeno. ¡Adiós!

Sale por la derecha.

LORD LORTON

¿O la fatiga? Puede que sí y puede que no

ESCENA TERCERA

LORD LORTON, PARKER *y* GRAHAM.

PARKER

Anunciando.

El señor Graham.

LORD LORTON

¿De donde viene usted?

GRAHAM

¡Hola, viudo! Es decir; ¡hola, casi viudo! Estamos al cabo de la calle.

LORD LORTON

¿Al cabo de la calle?

GRAHAM

¡Naturalmente! Sabemos lo de la señora Erlynne. Y a propósito: que no estoy muy seguro. Ha sido usted casado dos veces, y divorciado una, o dos veces divorciado y una vez casado...

LORD LORTON

Según...

GRAHAM

¿Cómo según?...

Hablan en voz baja.

ESCENA CUARTA

Dichos, DARLINGTON *y* LORD y LADY WINDERMORE

LADY WINDERMORE

Del brazo de Darlington por el fondo.

La amistad es casi siempre egoista.

DARLINGTON

Según. A veces la amistad...

LORD WINDERMORE

A lady Windermore aparte.

Margarita, tengo que hablarte ahora mismo.

LADY WINDERMORE

A Darlington.

¿Quiere usted guardarme el abanico?

Se lo dá.

Muchas gracias, Darlington.

A lord Windermore

¿Qué tienes que decirme?

LORD WINDERMORE

¿Estás ya más tranquila, no? Supongo que tus amenazas de antes...

LADY WINDERMORE

Pero, ¿es que va a venir esa mujer? ¿Va a venir?

LORD WINDERMORE

La señora Erlynne debe llegar de un momento a otro. Acuérdate de lo que somos,

Margarita. Ten confianza en mí. La muje
debe tener confianza en su marido.

LADY WINDERMORE

Londres está plagado de mujeres que tie
nen confianza en sus maridos. Se las conoc
a la legua por su cara de imbecilidad. Yo n
quiero que de mí digan: ¡Esa imbécil de lad
Windermore!

Volviendo hacia Darlingtor

¿Quiere usted darme el abanico, Darlington

LORD WINDERMORE

(El escándalo entre las dos seria espar
toso).

LADY WINDERMORE

Aparte a Darlingtor

(Esta noche tengo necesidad de un amigo
Darlington).

DARLINGTON

(¡Ah, vamos! ¿Recuerda usted que se l
dije? Un día u otro tiene uno necesidad d
un buen amigo).

LORD WINDERMORE

Luchando interiormente

(¡Sería espantoso, espantoso!.. Yo se l
digo)... ¡Margarita!

LADY WINDERMORE.

¿Qué?

ESCENA QUINTA

Dichos, PARKER y SRA. ERLYNNE.

PARKER

Anunciando.

¡La señora Erlynne!

(Lord Windermore se sobresalta; entra la eñora Erlynne, elegantísima. Lady Windermore estruja el abanico nerviosamente; espués lo deja caer al suelo y se inclina friamente ante la señora Erlynne, que la hace n saludo gracioso y entra con gran seguidad y distinción.)

SRA. ERLYNNE

¿Qué tal, Windermore?

DARLINGTON

A Lady Windermore.

Se le ha caido a usted el abanico.

Lo recoge y se lo da.

SRA. ERLYNNE

A Windermore, por Lady Windermore.

(Tenía usted razón. Estoy realmente emocionada. Ha hecho usted una locura con traerme.)

GRAHAM

A Lorton.

Pero, hombre. La señora Erlynne. ¿Se va usted a casar con ella y no la saluda?

LORTON

¿Para qué, si me voy a casar con ella?

GRAHAM

Confuso

Pues es verdad...

SRA. ERLYNNE

Viendo a Lorton

Pero Augusto, ¿es posible? ¿Por qué no me saluda usted?

LORTON

Porque el saludo es... es...

SRA. ERLYNNE

¡Qué! ¿No sale la paradoja?

LORTON

Con usted no me sale nunca.

Por Graham.

Pero, que diga Graham. Venga usted acá Graham.

Presentando.

El señor Graham... La señora Erlynne... Repita usted la paradoja que le dije antes.

GRAHAM

Si no me acuerdo.

LORTON

El caso es que tampoco me acuerdo yo...

SRA. ERLYNNE

Pero, Augusto. Las paradojas son ideas sutiles; y las ideas sutiles pasan por la memoria sin quedarse en ella.

LORTON

...Pasan por la memoria... ¡Pues no había nido!

GRAHAM

...Las ideas sutiles... ¡Pues es verdad!

SRA. ERLYNNE

Lleva usted ya dos días sin ir más que os veces a mi casa.

LORTON

Perdón. He ido como siempre, cuatro veces por día, sólo que, como siempre, me he quedado tres veces por día sin verla a usted.

SRA. ERLYNNE

Acompáñeme usted al salón. Le tengo miedo a las mujeres. Quiero que me presente usted algunas. Cuanto a los hombres, ni por pienso.

LORTON

¿Presentarle a usted hombres? ¡Yo! Sería el colmo de la paradoja...

DARLINGTON

A lady Windermore.

(Está usted pálida)..,

LADY WINDERMORE

(Los infames estan pálidos siempre).

DARLINGTON

(Vamos, no diga usted esas cosas. Tenga usted confianza en mí.

LADY WINDERMORE

(¡Oh, qué horror, Darlington!)

DARLINGTON

(Vamos a la terraza; al aire libre).

LADY WINDERMORE

(Vamos donde sea... ¡Qué horror, qué horror!)

SRA. ERLYNNE

Al pasar junto a lady Windermore. ¡Qué bonita iluminación la de la terraza! Me recuerda una que ví en el palacio Doria, en Roma.

Lady Windermore saluda friamente y sale por la izquierda, con Darlington.

ESCENA SEXTA

Dichos, menos LADY WINDERMORE *y* DARLINGTON.

GRAHAM

A Lorton.

Como usted quiera.

LORTON

Ande usted, hombre.

Graham habla aparte con la señora Belbourg. A la señora Erlynne.

Graham va a presentarle a usted a su prima.

SRA. BELBOURG

¡Hombre, sí! Se habla tanto de esa mujer, que me interesa...

GRAHAM

Señora Erlynne... Mi prima, la señora de lbourg.

SRA. ERLYNNE

¡Oh, señora!...

SRA. BELBOURG

Tenía interés en conocerla a usted perso-lmente, porque de nombre...

SRA. ERLYNNE

¿El señor Belbourg es el famoso diputado recambista? ¡Oh, tiene una elocuencia superable! Sus ideas son muy conservado-s y sus discursos muy radicales. En estos empos, esa es la política practicista. A ropósito; he oido que su primo de usted, el ñor Graham, habla tan bien como el señor elbourg.

SRA. BELBOURG

Es usted muy amable...

GRAHAM

Señora, por Dios...

DUMBY

A Lorton.

Pero. ¿Es posible? ¿Graham presentán-ole su prima a esa mujer?

LORTON

¡Señor Dumby!... Esa mujer, como usted ice, puede ser mi mujer dentro de poco...

DUMBY

¡Perdón! ¿Quién se iba a figurar? ¿Como odos hablan con ella, menos usted?

LORTON

¡Si va a ser mi mujer! ¿Para qué necesito hablar con ella?

DUMBY

Bromeando

¡Ah, vamos; lo decía usted como paradoja!...

SRA. ERLYNNE

A la señora Belbourg.

¿El miércoles, verdad? Tendré mucho gusto en visitarla.

SRA. BELBOURG

Para mí será un gran placer que tome usted el té con nosotros. ¿A las cinco, verdad?

SRA. PLIMDALE

A Dumby.

¿Quién es la que habla con la señora Belbourg?

DUMBY

¿Quién cree usted? ¡La señora Erlynne!

SRA. PLIMDALE

¿Es posible? ¿La señora Erlynne? ¿Esa mujer en esta casa? ¿Y cómo ha consentido Margarita? ¡Digo, Señor...!

DUMBY

¡Este Windermore! ¡Mire usted que traerla a su misma casa! Se necesita poca vergüenza.

SRA. ERLYNNE

Aparte a Lorton.

(Lorton, ¿ve usted a Dumby y a la seño-

Plimdale? Me están poniendo como nue-
.)

LORD LORTON

¡Al contrario, al contrario! He podido
car palabras sueltas, paseándome, pa-
ndome... ¿O cree usted que yo no sé
erme el tonto?)

SRA. ERLYNNE

Preséntame a la señora Plimdale.

Va con Lorton hacia la chimenea donde está la señora Plimdale y Dumby. Este último, al verlos, se levanta mal humorado y se pone a pasear.

LORD LORTON

A la señora Plimdale.

Señora Plimdale... La señora Erlynne.

SRA. ERLYNNE

Me he permitido... Tenía mucha gana de
udar a la dama más distinguida de Lon-
es...

SRA. PLIMDALE

Oh, por Dios! La elegancia y la distin-
n no están sino donde está usted. Yo
ía muchos deseos, muchos. La he visto a
ed en Hyde Park, en los teatros, en el
cil, y siempre de éxito en éxito.

DUMBY

A Lorton.

Yo no. Yo soy un descendiente de los
ncaster...

SRA. PLIMDALE

¿Quién, Dumby? ¡Si es un infeliz! Ve usted. ¡Dumby!

DUMBY

Acercándos

Señora...

SRA. PLIMDALE

Presentand

La señora Erlynne... Quería preguntar usted...

SRA. ERLYNNE

Una pequeña libertad. Tengo aficiones la heráldica... Sé que es usted una insig autoridad en esos estudios...

DUMBY

Un chiflado, señora. Un chiflado.

SRA. ERLYNNE

¿Recuerda usted el escudo de los Hami ton? Campo de azul, bordura campana león de sable... ¿no?

DUMBY

¡Admirable! ¡Admirable!

A los demá

¿Con que aficionada? ¡Maestra!

A Lorto

(Oh, es un encanto de mujer).

LORD LORTON

(¡Me lo va usted a contar a mí!)

Salen lady Windermore y Darlingto

ESCENA SÉPTIMA

Dichos, LADY WINDERMORE *y* DARLINGTON

DARLINGTON

(¡Es una vergüenza que esté aquí esa mu-
r, Margarita!)

LADY WINDERMORE

(Sí, sí).

DARLINGTON

(Pero, ¿cómo ha podido usted invitarla?)

LADY WINDERMORE

(¡No! Fué él quien la ha invitado para
nvilecerme! ¡Oh, es horrible, espantoso!)

LORD LORTON

A la señora Erlynne.

¿De modo que baila usted con el señor
Graham y conmigo no?

GRAHAM

Del brazo de la señora Erlynne

¿No se va usted a casar con ella? ¿Para
ué, pues, quiere usted bailar con ella?

LORD LORTON

Me deja usted confuso... «¿No me voy a
asar con ella?»...

Sale detrás de Graham y de la señora Erlynne.

Perfectamente! ¡Perfectamente!

ESCENA OCTAVA

LADY WINDERMORE Y DARLINGTON

LADY WINDERMORE

Dejándose caer en un diván

¡Pero, Dios mío! ¿Qué he hecho yo par esto? ¡Quererle, admirarle, no saber de otr vida que de la nuestra...! ¡Y se me vá co ella, y me arruina y me deshonra...!

DARLINGTON

Sentándose en el diván

¿Y mi amistad?

LADY WINDERMORE

¡Estoy envilecida a mis propios ojos! Me falta el valor... soy cobarde... ¡Soy vil!

DARLINGTON

¿Qué vida va usted a llevar con un hombre así? Cada mirada, cada palabra suya, ¿no le dará a usted la sensación de la superchería, del escarnio?

LADY WINDERMORE

¡Oh, sí, sí, sí!

DARLINGTON

Para él no será usted sino la máscara de la señora Erlynne. Mirará esos ojos y verá los de ella... Cogerá esa mano y sentirá la mano de ella...

LADY WINDERMORE

¡Qué horror, qué horror! ¿Pero, qué hago? Dios mío, ¿qué hago? Darlington, usted que es mi amigo, mi único amigo ¿qué cree usted que debo hacer?

DARLINGTON

Entre un hombre y una mujer, es imposible la amistad.

LADY WINDERMORE

¿Cómo?

DARLINGTON

Podrá ser pasión, rencor, desdén, amor... pero ¿amistad? ¡Margarita, yo estoy loco por usted!

LADY WINDERMORE

Levantándose.

¡Ah, no! Eso no.

DARLINGTON

Sí. Eso sí. Yo estoy loco por usted... ¿Qué puede usted esperar de su marido? Nada.

LADY WINDERMORE

¡Nada, nada!

DARLINGTON

¿Qué puedo darle a usted yo?... Todo... ¡Todo, sí! Yo no he querido a nadie nunca...

LADY WINDERMORE

¡Darlington!

DARLINGTON

Yo la quiero a usted intensamente, infini-

tamente. ¿Qué va usted a hacer en esta casa? ¿Qué vida va usted a llevar con ese hombre? Yo no soy un seductor vulgar, que arroja el qué dirán por el balcón. Yo soy un hombre serio y sé que la opinión del mundo pesa mucho en la vida. Pero hay momentos en que el mundo quiere imponernos una vida degradante, y entonces es preciso ser más fuerte que el mundo y que la opinión. Sí, seguir un minuto más en esta casa con ese hombre... Pero, no se subleva usted? ¿No se indigna usted?

LADY WINDERMORE

¡No. No tengo valor! ¡Soy cobarde, soy cobarde!

DARLINGTON

No; no es usted cobarde. ¡Es que, a pesar de todo, lo quiere usted.

LADY WINDERMORE

Con desdén.

¿Yo? ¡Yo!...

DARLINGTON

Sí, usted, usted. Usted que los ha visto pasear en triunfo en esta casa, ultrajar a usted con sus burlas, envilecerla con sus risas y con su escarnio.

LADY WINDERMORE

¡Oh, Darlington! ¡Por Dios!..

DARLINGTON

¡Usted que es tan sumisa, que no se indigna ante tantas infamias!

LADY WINDERMORE

¡Basta, Darligton! Yo soy una mujer con gnidad.

DARLINGTON

¡Y consiente usted en verlos del brazo en misma casa!...

LADY WINDERMORE

Tiene usted razón. Ese hombre es un mirable. Yo debo aborrecerlo... lo aborrez... Lo odio.

Impetuosa.

hora mismo!...

Pausa...

ero, estoy loca?... Si no puedo, Darling-n, si no puedo!...

Se deja caer sollozando en el diván. Suena un vals dentro.

DARLINGTON

Esa mujer ha usurpado a usted no solo el razón de su marido, sino el dinero, la ca-, la vida toda. Salga usted de aquí con la ente alta y la sonrisa en los labios. Así ebe salir la dignidad. Todo Londres sabrá por qué y dirá todo Londres que ha he-o usted lo que hace toda mujer digna...

LADY WINDERMORE

¡Sí, si... me iré!... Me voy. Pero, a donde?

DARLINGTON

A mi casa. Conmigo. Mañana nos embar-aremos.

LADY WINDERDORE

Darlington, Darlington... ¡Oh, no! Mi marido volverá a mi... Tengo esperanzas. ¡Esperanzas!

DARLINGTON

No es usted la mujer que yo creia... ¡Es usted como todas! Soporta usted la ignominia y la degradación dentro de su casa por miedo a los murmullos de la calle... Tenía usted razón. Es usted cobarde... cobarde...

LADY WINDERMORE

¡Déjeme usted, Darlington, por Dios!...

DARLINGTON

¡Ahora o nunca!

LADY WINDERMORE

¡Que me está usted martirizando! ¡Déjeme usted!

DARLINGTON.

Mañana salgo de Inglaterra. No nos veremos nunca más. Es la última vez que oye usted mi voz. Esta noche se han encontrado nuestras vidas y se han sentido nuestras almas. Nunca más volverán a sentirse ni a encontrarse. ¡Nunca más!...

Sale por la izquierda.

ESCENA NOVENA

Y WINDERMORE, LA DUQUESA, DUMBY, *invitados que no hablan.*

LA DUQUESA.

Trayendo a Dumby a rastras por el brazo.

Venga usted. ¿Con que, pellizcando a las oras? ¡El descendiente de los Lancas- convertido en un viejo verde!

LADY WINDERMORE.

Procurando serenarse.

¿Qué dices? ¡Pero Dumby!. .

DUMBY

¡Bromas de la duquesa! ¿Pellizcar yo?

LA DUQUESA.

A diestro y siniestro, hija. Figúrate que ábamos en la terraza, tras el macizo de sales, cuando de pronto la señora de Bel- urg dá un grito... ¡Ay!... ¿Qué es? ¡Qué ha picado un bicho! Pero ¿es que hay chos por aquí? Lord Plimdale enciende a cerilla, y vemos al descendiente de los ncaster... Estaba así, con los ojos cerra- s. Creía que cerrando él los ojos, los de- s no le íbamos a ver...

LADY WINDERMORE.

Pero, Dumby ¿es posible?

DUMBY.

Señora... Dejen ustedes que me explique... Había una vez en la Mesopotamia...

LA DUQUESA.

Ya salió la Mesopotamia. Cuando le con viene disolver un grupo, la Mesopotamia. Es la ley marcial.

Entran Hopper y lady Agata. Lady Windermore se retira al fondo de la escena.

ESCENA DÉCIMA

Dichos, HOPPER *y* LADY AGATA.

HOPPER.

Duquesa, qué hija tiene usted...

AGATA.

Hopper, por Dios... No exageremos...

HOPPER.

Habla de todo, con una precisión, ¡con una claridad!

DUMBY

Hombre... Con claridad en la terraza...

LA DUQUESA.

Usted como no busca más que lo obscuro...

DUMBY.

Señora, no parece sino que está usted quejosa.

LA DUQUESA.

¿Quejosa? (¿Qué habrá querido decir?)

Entran lady Plimdale, lady Belbourg y Graham.

ESCENA UNDÉCIMA

Dichos, LADIES BELBOURG *y* PLIMDALE *y* LORD GRAHAM.

GRAHAM

Les digo a ustedes que no hay bichos. He registrado los rosales.

LA DUQUESA.

Si el bicho es éste.

Por Dumby.

SRA. BELBOURG.

¿El señor Dumby?

SRA. PLIMDALE

¿El señor Dumby?

LA DUQUESA.

Estaba oculto entre los rosales y a la que pasaba ¡tris!... un pellizco en donde podía.

SRA. BELBOURG

Ah, ¿sí?

SRA. PLIMDALE

¿Conque esas tenemos? ¿Conque era usted?

DUMBY

¡Vamos, usted creía que era otro!

SRA. BELBOURG.

¿Han visto ustedes qué encanto de mujer la señora Erlynne?

LA DUQUESA.

Es admirable.

DUMBY.

Cultísima.

SRA. PLIMDALE.

La noche ha sido para ella. Ha triunfado en toda la línea. Y cuidado que había prevención.

DUMBY.

¡Las cosas que se han dicho de la señora Erlynne!...

SRA. BELBOURG.

¡Horrores! Yo la he invitado para el miércoles.

LA DUQUESA.

Y yo para el sábado.

SRA. BELBOURG.

Ha hecho bien Margarita en invitarla. Después de todo...

LA DUQUESA.

¿Por dónde anda Margarita?

Viéndola.

Ahí está. ¿Ustedes se quedan?

SRA. BELBOURG.

Yo no.

SRA. PLIMDALE.

Yo me voy.

Las tres, Hopper, lady Agata y Dumby, se despiden de lady Windermore.

LA DUQUESA.

Adiós hija. Comprendo que estés como estás. Pero ¡qué remedio!

Salen del brazo la señora Erlynne y lord Windermore.

SRA. ERLYNNE.

A lord Windermore.

Ha sido un baile delicioso. Estoy encantada. Me han atendido, me han mimado. Ay, gracias a Dios! Desde esta noche suelto las cadenas. Ya podré ir a todas partes. Usted ha libertado a la cautiva...

LORD WINDERMORE.

¿Y Lorton?

SRA. ERLYNNE.

Ahora, sí. Ahora que puedo ir a todas partes, que vuelvo a ser la dama, que me restituyen el decoro mundano, trataré en serio lo de Lorton.

LORD WINDERMORE.

Es muy bueno y la admira a usted.

LADY WINDERMORE.

Despidiendo a las que se van.

Descansad... Adiós, Julia. Sí, lo tendré en cuenta. Lo tendré en cuenta.

Vuelve y vé que lord Windermore y la señora Erlynne atraviesan la escena hablando animadamente y salen a la terraza.

SRA. ERLYNNE.

Vamos a ver si está donde le dije...

LORD WINDERMORE.

¿Lo ha puesto usted de centinela? ¡Ay qué gracia!

LADY WINDERMORE.

¡Qué infamia! ¡Qué vergüenza! ¡Qué indignidad! ¡Oh!

Se sienta al secreter. La escena queda en silencio mientras lady Windermore escribe entre gritos ahogados y sollozos. Parker entra y va apagando luces.

Parker: esta carta para el señor.

Atraviesa la escena con ímpetu de ira.

¡Qué infamia! ¡Qué vergüenza!

Sale. Se oyen dentro las risas de lord Windermore y Lorton.

LORD LORTON.

Dentro.

¡Pero, si yo he sido militar! ¡Ay qué gracia!

Sale precipitadamente la señora Erlynne y se dirige a Parker.

SRA. ERLYNNE.

¿Y la señora?

PARKER

¡Ha salido!

SRA. ERLYNNE

¿Que ha salido?

PARKER.

Ha dejado esta carta para el señor...

LODR LORTON.

Dentro.

Voy, ya?

SRA. ERLYNNE.

No!

A Parker.

me usted esa carta!

PARKER.

Señora!

SRA. ERLYNNE.

Arrebatándole la carta.

Venga he dicho!

Saca el sobre y comienza a leer convulsa.

LORD LORTON.

Dentro.

¿Voy, ya?

SRA. ERLYNNE

¡No!... ¡Qué horror, Dios mío, qué horror!

LORD WINDERMORE.

Entrando.

Ese pobre Lorton se va a helar.

LORD LORTON

Dentro.

¡Si que me voy a helar! ¡Que lo he oido!

LORD WINDERMORE.

¿Qué es eso? ¿Qué le pasa a usted?

SRA. ERLYNNE.

Nada... nada.

LORD WINDERMORE.

¿Se ha despedido usted de Margarit
¿Es que han hablado ustedes? ¿Es que le l
dicho usted quien es?

SRA. ERLYNNE.

¿Estoy yo loca? Nos hemos despedido
Yo sigo siendo para ella la señora Erlynne.

LORD LORTON

Dentr

¡Que me voy a helar!

SRA. ERLYNNE.

Entre usted ya.

LORD WINDERMORE.

A Parke

El coche de la señora Erlynne. Iré y
mismo.

Sale con Parke

SRA. ERLYNNE.

A Lorton

¡Corra usted! Es preciso que Windermor
no vuelva aquí en toda la noche. ¡Por Dios
Augusto! Entreténgalo hasta por la mañana
en el club, en...

LORD LORTON

Bueno en... Adelante. ¿Y el premio?

SRA. ERLYNNE.

Mañana le espero a usted a almorzar.

LORD WINDERMORE.

Entrando.

Ya está el coche... Hace una noche horrible. Les acompañaré hasta la puerta...

LORD LORTON.

Sí, sí.

A Parker.

El abrigo del señor.

LORD WINDERMORE.

Pero, hombre. Tengo que ver a Margarita...

LORD LORTON

Luego la verás. Volvemos pronto.

SRA. ERLYNNE.

Vaya. No sea usted asi. Cuando Lorton pone ese empeño...

Parker trae el abrigo y el sombrero de lord Windermore y se los pone.

LORD LORTON

Te digo que es urgente. Vamos en un coche. Enseguida estamos aquí.

LORD WINDERMORE.

Pero... si hace **una noche horrible**...

LORD LORTON

Empujándole hacia la puerta.

Pues por eso. Porque hace una noche horrible vamos a la calle. ¿Me negarás la paradoja?

TELON

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Biblioteca de lord Darlington. Cámara elegantísima, estilo oriental. Diván bajo delante de la chimenea. Es de madrugada.

LADY WINDERMORE.

Sola.

¿Por qué no viene?... ¿Por qué no está aquí para encender con sus palabras algún fuego en mi corazón? Estoy fría, fria, como una cosa incapaz de amar... A estas horas Arturo habrá leído mi carta... ¡No! ¡No me quiere! Si me quisiera, hubiera venido tras de mí, me hubiera llevado con él a empujones... No es mio. ¡Es de ella! ¡De ella! Lo tiene dominado, esclavizado...

Pausa.

¡Qué verdad es! Si una mujer quiere hacer presa perdurable a un hombre, ha de apelar a las instintos más groseros. Nosotras espiritualizamos a los hombres, y nos abandonan. Ellas les animalizan, y los dominan. ¡Qué ruín es la vida! ¡Qué despreciable!... ¿Y este hombre?... ¿Qué puedo darle a este

hombre yo? Mis ojos indiferentes, mis labios fríos...

Pausa.

¡Me voy!.. ¡me voy!...

Echa a andar y se para de repente.

¡Pero... si no es posible! Aquella carta me retiene aquí. Es mi carcelero... Es mi cadena, sin indulto...

Entra, agitada, la señora Erlynne.

¡La señora Erlynne!...

ESCENA SEGUNDA

LADY WINDERMORE. SRA. ERLYNNE

SRA. ERLYNNE.

¡Gracias a Dios! Aún es tiempo de todo. ¡Vámonos!

LADY WINDERMORE.

¿Vámonos?...

SRA. ERLYNNE

Sí. Vámonos. Debe usted volver a su casa, con su marido...

LADY WINDERMORE.

...¿Debe usted?... ¿Pero, está usted loca?

SRA. ERLYNNE

No vengo a discutir, sino a evitar algo que sería terrible. Darlington puede entrar de un momento a otro, y entonces no habría re-

medio. Mi coche está en la esquina. Vámonos.

Lady Windermore se quita el velo y lo deja sobre el sofá.

Pero... ¿Qué hace usted?

LADY WINDERMORE.

Quedarme. Si usted no hubiera entrado, yo me habría ido. Pero viéndola a usted, sintiéndola, adivinándola... ¡oh!... Es espantoso, inconcebible... Viene usted, de acuerdo con él, para aterrarme, en primer término, y llevarme después hacia un perdón hipócrita... ¡Han tramado ustedes los dos este *chantage!...*

SRA. ERLYNNE

¡Dios mío!...

LADY WINDERMORE.

Han ideado la explotación de este secreto... ¿no? Pues antes de volver para ser explotada de ese modo infame, me quedo aquí. Las infamias tienen también categorías.

SRA. ERLYNNE

Es usted terriblemente injusta con Arturo. El no sabe que está usted aquí. No ha leído la carta que usted dejó...

LADY WINDERMORE.

¿No la ha leído?

SRA. ERLYNNE

No.

LADY WINDERMORE.

Acercándose rencorosa.

¿Me cree usted tan ingenua? De sobra sabe usted que miente.

SRA. ERLYNNE

No miento. No ha leído la carta.

LADY WINDERMORE.

Pero... ¿si no ha leído la carta, cómo está usted aquí? ¿Por dónde sabe usted que yo había salido de mi casa? ¿Quién le ha dicho que estaba aqui, sino él, él?...

SRA. ERLYNNE

La carta la abrí yo. La leí yo.

LADY WINDERMORE.

Afrontándola.

¿Usted? ¿Usted ha abierto una carta mía dirigida a Arturo?...

SRA. ERLYNNE

Sí, yo. Aquí la tiene usted.

Saca la carta

Arturo no la ha leído ni la leerá jamás.

La arroja a la chimenea.

LADY WINDERMORE.

¿Y quién me asegura que esa carta era la mía? ¿Por qué no me la enseñó usted antes de quemarla?... Porque la traía usted preparada, de acuerdo con él...

SRA. ERLYNNE

No discutamos más. Es preciso que nos vayamos inmediatamente.

LADY WINDERMORE.

Qué nos vayamos? ¿Qué vuelva yo a mi
a con usted? ¿Qué viva yo, según usted
ene? ¿Qué sea yo tan baja, tan innoble,
vil?...

SRA. ERLYNNE.

Pero, por qué dice usted esas cosas tan
nendas? Le juro a usted que entre él y
no hay nada que no sea noble y santo...

LADY WINDERMORE.

Pero, cómo quiere usted que yo crea ese
urdo?

SRA. ERLYNNE.

orque es verdad, verdad, verdad. Es su
or por usted lo que le trajo a mí. El po-
que yo tengo sobre Arturo...

LADY WINDERMORE.

Luego confiesa usted que tiene poder
re mi marido? ¿No es eso un cinismo in-
ortable?

SRA. ERLYNNE.

rea usted lo que quiera de mí y aún de
Pero salga usted de esta casa enseguida.
be usted lo que puede acarrear el que no
a usted de aquí inmediatamente? El des-
cio, las burlas... el desdén del mundo...
que tras de usted vá la risa insultan-
¡Oh!... Esta clase de faltas son irrepa-
es, Margarita... Es la condena que nunca
pa de cumplirse. Pasan años y años, y el

mundo es implacable y tras de usted, to
los días, a todas partes, vá la risa insult
de las gentes. Yo estoy espiando ahora
estos momentos, todas las culpas de mi
da. Usted es una niña. No tiene usted es
tu ni valor para afrontar la deshonra
se cierne aquí. ¡Vámonos! Vuelva usted
casa, con su marido, con su hijo.

Lady Windermore se leva

¿Qué le responderá usted a su concie
cuando le diga: «¿Y tu hijo? ¡Has aban
nado a tu hijo!»...

LADY WINDERMORE.

*Dejándose caer en una silla y cubr
dose la cara con las manos.*

¡Dios mio!... ¡Dios mío!

SRA. ERLYNNE.

¡Margarita!

LADY WINDERMORE.

Vámonos, sí; vámonos.

SRA. ERLYNNE.

¿Y el velo?...

Recogiéndolo del s

Vamos, aprisa.

Se dirigen a la puerta de la izquie

LADY WINDERMORE.

¡Chits!... ¿Oye usted?

SRA. ELRYNNE.

No. No se oye nada. Vámonos.

LADY WINDERMORE.

Oh, sí! La voz de Arturo... ¡Viene aquí!... veme usted!...

Transición...

ero esto estaba preparado... Le llama us- para que me sorprendan... para el di- cio... para quitármelo definitivamente...

SRA. ERLYNNE.

Silencio! He venido para salvar a usted. í, allí!

Señalando las colgaduras del balcón.

LADY WINDERMORE.

Yendo a esconderse.

Y usted?

SRA. ERLYNNE.

o...

LORD LORTON.

Dentro.

Cá, no señor!... Tú entras.

SRA. ERLYNNE.

orton. También yo estoy perdida ¡para pre!

Se esconde con lady Windermore en el mismo instante en que aparecen Dumby, Graham, Darlington y Lorton que trae por el brazo a Lord Windermore. Todos dejan sombreros y abrigos en sillas y divanes.

ESCENA TERCERA

DUMBY, GRAHAM, DARLINGTON, LORTO
LORD WINDERMORE.

LORD LORTON

¡Tuviera que ver que te escaparas!

GRAHAM

¡Pero, si quiere irse, déjelo!

DUMBY

Nunca están demás las tutelas,
diantre!

DARLINGTON.

¿Qué habla usted de tutelas?

DUMBY

Guiñando a Darling

(No lo quiere dejar ni a tiros no va
irse con la señora Erlynne).

DARLINGTON.

(Pero, si la señora Erlynne estará a
en el quinto sueño).

DUMBY

(¡Hombre, cinco son muchos!)

LORD WINDERMORE.

Curioseando la biblio

Darlington. Veo que tiene usted mu
poetas.

DARLINGTON.

Me encanta la poesía. Yo no leo más que versos.

LORD LORTON

Sentándose al fuego.

¡Hombre, a mí me sucede con la poesía una cosa rara!

GRAHAM

¡Verán ustedes!

LORD LORTON

No sé por qué el «verán ustedes». A usted como en sacándole de la heráldica no da pie con bola...

DARLINGTON

Bueno... ¿Pero qué le sucede a usted con la poesía, Lorton?

LORD LORTON

Pues hombre, me sucede...

Viendo que Windermore coge el abrigo.

Pero... ¿qué vá a ser esto, Arturo?

LORD WINDERMORE

Que me voy. Que me aburro. Que tengo que ir a mi casa. Ya sabes a qué.

LORD LORTON

Pero ¿no te he dicho que Margarita se quedó tranquila? ¿Que hablé con ella? ¿Que le dije que te embargaba toda la noche?

DUMBY

A Graham.

(¡Jé, a partir un piñón! ¡Señores!)

GRAHAM

(La mujer juega admirablemente con los dos).

LORD LORTON

Volviendo a la chimenea

Pues lo que me sucede con la poesía es de lo más raro. Que me gusta y que no me gusta.

GRAHAM

¡Paradoja tenemos!

LORD LORTON

¡Usted qué ha de tener!...

DARLINGTON

Pero ¿por qué es esa actitud?

GRAHAM

Si no lo sé. La ha tomado conmigo esta noche...

DUMBY

Yo sí lo sé.

LORD WINDERMORE

A ver.

DARLINGTON

Venga de ahí.

DUMBY

Hay que contarlo como se merece. ¿Tiene usted cognac?

DARLINGTON

Sí, hombre. Cognac, Whisky, Jamaica...

Llena el servicio que habrá sobre la chimenea.

¿Quién bebe?

LORD LORTON

Oiga usted Dumby. Mucho ojo con lo que se cuenta...

DUMBY

Bromeando.

¿Ven ustedes como lo sé? Aún no he empezado y ya le escuece.

GRAHAM

Pues a mí no me escuece.

LORD LORTON

Pero le vá a escocer dentro de poco...

DARLINGTON

Bromista.

¡Hombre!... El señor Graham es una persona honorable...

LORD WINDERMORE

Académico...

DUMBY

Descendiente de los Lancaster...

GRAHAM

¡Señores, señores!

Tomando un vaso de whisky and soda.

Saben ustedes por qué Lorton me ha tomado entre ojos? ¿Lo digo?

DUMBY

Sí.

LORD WINDERMORE

Venga, hombre, venga.

DARLINGTON

Chist... ¿Han oído ustedes?

GRAHAM

¿Qué?...

DUMBY

Yo no he oído nada ¿Qué es?

LORD LORTON

Los espíritus, Graham. Se han enterad de que estaba usted aquí...

GRAHAM

Oiga usted. Las bromas hasta cierto pu to. Yo creo en esas cosas seriamente.

LORD LORTON

Por eso se lo digo en broma. Si lo tom se usted en broma, se lo diria en seri ¡Siempre la paradoja!

GRAHAM

¿Ven ustedes qué hombre? Y todo es porque bailé con la señora Erlynne.

DUMBY.

Ya pareció el peine...

DARLINGTON.

¿Llama usted peine a la señora Erlynn

LORD LORTON.

Querido Graham ¿no puede usted de en paz a la señora Erlynne? Usted no sa nada de ella y se agarra siempre a la ma dicencia.

GRAHAM.

Yo no me agarro a la maledicencia, si a lo que se dice...

LORD WINDERMORE.

El «se dice» es la maledicencia.

GRAHAM.

El «se dice» es encantador. La Historia está formada de hablillas. Yo no hago nunca el moralista. Un hombre que siempre hace moral es casi siempre un redomado hipócrita; y una mujer que hace moral es, invariablemente, fea.

DARLINGTON.

Apotegma de estafadores y de cortesanas. Usted es el Kempis de los Humbert y de la Cleo de Merode.

DUMBY.

¿Pero hemos venido a filosofar o a jugar al «whist»? Darlington, ¿dónde están las cartas? ¿Juega usted Windermore?

LORD WINDERMORE.

No.

DUMBY.

¡Cómo arruina el matrimonio! Es desmoralizador como el cigarro y cuesta mucho más. ¿Usted sí juega, Lorton?

LORD LORTON.

Sirviéndose cognac.

No, Dumby. He prometido a la señora Arlynne no tocar una carta y no beber ni una copa de cognac. Pero, amigo, la paradoja...

Bebe.

GRAHAM.

No se deje usted catequizar, Lorton. En

cuanto lo conviertan a usted, hombre agua.

LORD LORTON

Por eso, porque no quiero ser hombre agua...

Beb

GRAHAM.

Lo más inaguantable de las mujeres eso; que nos quieren convertir. Les gus conocernos malos, y en cuanto nos convie ten en buenos, nos dejan...

LORD LORTON.

No creas que somos malos...

DARLINGTON.

Estamos en el fango todos. Sin embarg hay alguno que desde el fango puede a mirar a las estrellas...

DUMBY

¡Romanticismo! Usted está enamorado

LORD LORTON

¡Nombres! ¡Nombres!

DARLINGTON.

La mujer que yo quiero no es libre. El al menos no cree ser libre.

LORD LORTON.

¡Casada¡ ¡Bah, el amor de una casadá un amor de tercera clase! ¡Ah!, pero ¿no s ben ustedes la clasificación que yo he hech del amor?

A Graha

No salga usted diciendo: «Verán ustedes

mo antes... Yo he clasificado el amor...

DARLINGTON.

Como Stendhal! Amor-pasión; amor-sto; amor-voluntad...

LORD LORTON.

Mucho mejor que Stendhal, ¡qué tiene e ver!... Primera clase: amor de las viu-s...

DUMBY

Claro está. Como la señora Erlynne es da...

LORD LORTON

Primera clase: amor de las viudas; eclecti-mo. Una viuda no tiene «parti-pris» res-cto a los hombres. Sabe que un hombre apo puede ser molesto y un «hombre» encantador.

GRAHAM.

Vamos, usted es el Kempis de los hom-es feos...

LORD LORTON

En todo caso, de las viudas. Sí señores. viuda es la mujer en equilibrio; la solte-es el porvenir; la casada el pasado. La da está en el punto medio del pasado y porvenir; la viuda, señores, es el pre-te, es el eclecticismo.

DUMBY.

Bravo!

DARLINGTON.

¡Colosal!

LORD WINDERMORE.

¡Pero, hombre! Si la viuda es el presen
y la casada es el pasado, ¿cómo piens
casarte con una viuda?

LORD LORTON

¿Cómo pienso casarme...? ¡Me dejas at
nito...!

Se sienta preocupado y repitiend
Si la viuda es el presente... ¡Caramba! N
había caído...

DARLINGTON

A Dum

No, no la conocen ustedes. Es una dar
virtuosa ¡La única dama virtuosa que e
contré en mi vida!

GRAHAM

¿La única virtuosa?

DARLINGTON

La única.

GRAHAM

¡Caramba, qué hombre! Y yo, que no
encontrado sino mujeres virtuosas... ¡Tod
han sido virtuosas!

DARLINGTON

Esta mujer tiene pureza y honestidad; t
ne todo lo que nosotros hemos perdido...

LORD LORTON

Estaríamos buenos si fuésemos honest
y puros...

DUMBY

A Darlington.

¿De manera que no lo quiere a usted? Le doy a usted mi enhorabuena.

DARLINGTON

¡Cómo!

DUMBY

En esta vida hay dos tragedias: una, si no se logra lo que se desea; otra, cuando se logra. Esta última es la peor, la tragedia horrible. ¿Por cuánto tiempo seguirá usted queriendo a esa mujer que no le quiere?

DARLINGTON

¡Mientras viva! ¡Siempre!

DUMBY

¿Lo está usted viendo? Si lo malo es eso; que lo quieran a uno...

GRAHAM

Entonces, yo llevo encima la tragedia más rágica; todas me quieren...

DARLINGTON

¿Cómo es usted tan fatuo, señor Graam?

GRAHAM

En serio; no es presunción. Lo digo con erdadera pena. He estado enamorado coao un loco... y me han querido...

DARLINGTON

Levantándose.

No son ustedes más que una partida de nicos...

GRAHAM

Y ¿qué es un cínico?

DARLINGTON

Un hombre que conoce el precio de todo y que no dá valor a nada.

LORD LORTON

Pues un sentimental, querido Darlington, es un hombre que le dá valor a todo y que no sabe el precio de nada. Lo sé por experiencia.

DARLINGTON

La experiencia es el nombre que damos a nuestros errores.

GRAHAM

A Darlington

¿Estando enamorado de ese modo, será usted fiel a ese amor imposible, ¿no?

DARLINGTON

Cuando se quiere de verdad a una mujer, las demás mujeres no son mujeres, sino cosas. El amor transforma. Yo, ya no soy yo.

LORD LORTON

¡Tú no eres tú! ¿Sabes que lo pones uno a pensar...? El amor transforma...

GRAHAM

Que ha paseado por la estancia, y sobre el sofá el abanico de lady Windermere.

(¿Qué...? ¡Un abanico!)

DUMBY

A Lorton.

¿Qué piensa usted?

LORD LORTON

¿Pero usted ha oido a Darlington? ¡Yo o soy yo!... ¿Es que usted está seguro de er usted?

DUMBY

¡Hombre!... Me deja usted parado. ¿Yo stoy seguro de ser yo?

Sentándose muy cabizbajo, junto a Lorton.

LORD LORTON

Pensativo

Le digo a usted que no es una tonte-a...

DUMBY

Lo mismo

¡Qué ha de ser!

GRAHAM

A Lorton

¡Venga usted acá, Lorton!

LORD LORTON

Hombre, déjeme usted ahora!

GRAHAM

Que es una cosa importantísima! Un nto grave.

LORD LORTON

Vaya!

GRAHAM

Enseñándole aparte el abanico de lady Windermore.

(Mire usted.)

LORD LORTON

(¡Jesús! ¡El abanico de Margarita!)

LORD WINDERMORE

Recogiendo su abrigo y yendo hacia la puerta.

¡Vaya, señores! Darlington, buen viaje.

Se despide de Darlington

¿Va usted a estar fuera mucho tiempo?

Habla con Darlington junto a la puerta

LORD LORTON

A Graham

(¡Es horrible! ¡Es horrible!)

GRAHAM

A Lorton

(Pues ya ve usted que no hay otro remedio. Seria una infamia el ocultárselo. No debemos ser cómplices de esta infamia.)

LORD WINDERMORE

En la puerta

¡Ya me dejarás ir, porque son las cuatro...

GRAHAM

¡Windermore!

LORD WINDERMORE

Poniéndose el abrigo

¿Qué?

GRAHAM

engo que hablar con usted.

LORD WINDERMORE

ñana. Me voy porque son las cuatro.

GRAHAM

s una cosa grave, gravísima.

LORD WINDERMORE.

a me la dirá usted mañana, señor Gra-
.

LORD LORTON

ira que es grave de verdad, Arturo.

LORD WINDERMORE

amos! Habéis tramado algún complot
tenerme aquí hasta el día... ¡Buenas
es!

Graham y Lorton salen detrás de él y los tres se detienen junto a la puerta.

GRAHAM

A Windermore.

rlington tiene oculta una mujer aquí.

LORD WINDERMORE

eso es lo grave? ¡Vaya, que son las
o!

GRAHAM

a mujer se ha dejado distraida este
co.

Se lo dá.

LORD WINDERMORE

Estrujando el abanico, dá un grito.

é horror!

Dumby y Darlington que departen
la chimenea, se levantan alarma

DUMBY

¿Qué es?

DARLINGTON

¿Qué pasa?

LORD WINDERMORE

¡Lord Darlington!...

Furioso. Lorton y Graham lo suje

DARLINGTON

Avanzando sorpren

¿Qué tono es ese?

Dumby sujeta a Darling

LORD WINDERMORE

¿Qué hace aqui el abanico de mi
jer?

A Lor

¡Suelta!

DARLINGTON

¿El abanico de Margarita?

Con estupefacción. Ap

(Luego ella está en mi casa... ¡Oh!)

LORD WINDERMORE

¿Qué hace aquí este abanico?

Estrujánd

¡Este, este!

DARLINGTON

¡No lo sé! Palabra de honor.

LORD WINDERMORE

¿De honor?... ¡Cobarde!...

DARLINGTON

A Dumby.

¡Suélteme usted!

LORD WINDERMORE

Forcejeando con los que le sujetan.

¡La tiene escondida!... ¡Yo veré donde tá!

DARLINGTON

¡Eso no! Mi casa no la registra nadie. Mi sa no es la de un bandido; es la casa de lord.

LORD WINDERMORE.

¡Usted es un miserable!

Viendo los cortinajes.

lli!

DARLINGTON

Desasiéndose de Dumby y cortando el paso a Windermore.

¡Atrás! ¡Atrás!

De entre los cortinajes, pálida y muda, aparece la señora Erlynne.

SRA. ERLYNNE

Arturo! ¡Darlington!

LORD WINDERMORE

Estupefacto.

La señora Erlynne!

DARLINGTON

Lo mismo.

La señora Erlynne!

LORD LORTON

Iden

¡La señora Erlynne!

Todos se quedan aterrados. La señor Erlynne avanza silenciosa y pálid hasta el diván de la chimenea, d jándose caer como destroncada. T dos, de espaldas a la puerta, la r dean. Entre los cortinajes asoma l dy Windermore, quien, de puntillas tapándose con el velo, avanza has la puerta y desaparece.

SRA. ERLYNNE

Con voz entrecortad

¡Al salir del baile... tomé el abanico d Margarita en vez del mío!... ¡Perdón!... ¡Pe dón!...

TELON

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

La misma decoración que en el acto primero.

LADY WINDERMORE *y* ROSALÍA

LADY WINDERMORE

Sentada.

¿A qué hora vino el señor?

ROSALÍA

A las cinco de la mañana.

LADY WINDERMORE

¿Solo?

ROSALÍA

Solo.

LADY WINDERMORE

¿Le dijo a usted algo?

ROSALÍA

Preguntó por el abanico de la señora. Estimos buscándolo por todas partes...

LADY WINDERMORE

¿Y pareció?

ROSALÍA

No pareció. El señor llamó a Parker...

LADY WINDERMORE

Aterrad

¿Habló con Parker?... ¿De qué hablaro

ROSALÍA

No sé, porque no me pude enterar. Pa cía que Parker estaba asustado y que el s ñor le reñía por alguna cosa.

LADY WINDERMORE

(¡Dios mío!)

ROSALÍA

Luego, el señor se retiró a sus habitac nes y a las nueve de la mañana volvió a s lir. Estuvo llamando en la habitación de señora...

LADY WINDERMORE

Sí, lo oí. ¿Dice usted que serían nueve?...

ROSALÍA

Las nueve, o nueve y media...

LADY WINDERMORE

Pensati

Está bien.

ROSALÍA

¿Desea algo la señora?

LADY WINDERMORE

Nada... Oiga usted, ¿no le ha dicho a u ted Parker lo que habló esta mañana c el señor?

ROSALÍA

Le pregunté y me dijo que se había e

o porque no apareció el abanico de la
ora.

LADY WINDERMORE

Nada más?

ROSALÍA

Nada más.

LADY WINDERMORE

Gracias, Rosalía. Puede usted retirarse.

Sale Rosalía. Levantándose,

Qué noche! ¡Qué angustia más terrible!
se lo dirá. Seguro que se lo dirá. No es
ble que tras haberse sacrificado tan no-
nente, tan espontáneamente, deje de
itar en lo tremendo de su sacrificio. ¡Se
deshonrado por salvarme! ¡Se lo dirá! Y
se lo dice ella, se lo diré yo.

Lord Windermore por la izquierda

ESCENA SEGUNDA

LADY *y* LORD WINDERMORE.

LORD WINDERMORE.

Qué cara tienes, Margarita!

LADY WINDERMORE.

e dormido muy mal.

LORD WINDERMORE.

obre! Yo volví a casa tarde y no te
e despertar por eso. ¿Qué tienes? ¿Has
do?

LADY WINDERMORE.

Sí, he llorado mucho.

LORD WINDERMORE.

Estás nerviosa. Estás enferma. Esta vi de Londres... Mira, vámonos una tempor da al campo... Afortunadamente ahora na tenemos que hacer en Londres. Hoy misn nos podemos ir. ¿Quieres que ponga un te grama a Selby? El castillo en otoño es u delicia. ¿Te acuerdas de los ciervos, de l cisnes? ¿Pongo el telegrama?

LADY WINDERMORE.

Sí, sí.

LORD WINDERMORE.

Saldremos hoy en el tren de las cuatro media.

LADY WINDERMORE.

No. Hoy, no. Hoy necesito hablar c una persona que ha sido generosa y bue para mí.

LORD WINDERMORE.

¿Generosa?... ¿Buena?...

LADY WINDERMORE.

Sí, te lo contaré todo, todo... Pero ¿tú r querrás? ¿Me querrás como me querías?

LORD WINDERMORE.

Como te quería... ¡Pobre! ¿Pero he d jado de quererte? ¡Ah, es que piensas a en la mujer innoble que vino anoche al b le... ¿Es que de veras has creido...? No, n

o lo has creido. ¿Verdad que no lo has eido?

LADY WINDERMORE.

No, no.

LORD WINDERMORE.

¡Yo te torturé anoche! Creí que esa mu- era más desgraciada que culpable. Ima- né que anhelaba ser honesta, que quería cuperar en sociedad el puesto que perdió un instante de locura. Todo eso crei en todo me engañé. ¡Es perversa. Todo lo rversa que puede ser una mujer envile- da!...

LADY WINDERMORE.

¡Arturo!... ¿Cómo puedes hablar de esa anera, decir esas cosas tan crueles de la ñora Erlynne? Yo te aseguro que la seño- Erlynne no es mala. Lo sé, lo sé de cierto.

LORD WINDERMORE.

Estupefacto.

¿Qué?...

LADY WINDERMORE.

Sí... Es preciso que yo te cuente.

LORD WINDERMORE.

Anoche, cuando quise que la invitaras, tu stinto de mujer virtuosa se rebeló contra a... ¡Yo estaba loco anoche!...

LADY WINDERMORE.

Pues hoy soy yo quien está loca. Anoche invitastes tú. Hoy la invito yo.

LORD WINDERMORE.

¿Que vuelva esa mujer a pisar mi cas
¡Nunca, nunca!

LADY WINDERMORE.

Levantándo

Eso mismo te dije yo anoche. Y cuan
yo decía «¡nunca!», tu viniste aquí.

Al escritor

y escribiste la invitación.

LORD WINDERMORE.

Yo lo hice porque estaba loco.

LADY WINDERMORE.

Yo también tengo derecho a la locura

LORD WINDERMORE.

Amargamen

Si supieras dónde estuvo anoche esa m
jer... ¡Oh, es una cosa degradante!...

LADY WINDERMORE.

Arturo, no puedo callar. Es preciso q
te lo diga todo, todo... Anoche...

*Entra Parker con una bandeja en la q
trae el abanico y una tarjeta.*

PARKER

La señora Erlynne viene a devolver
abanico que anoche se llevó equivocad
Además ruega a la señora que lea esta t
jeta.

LADY WINDERMORE

Diga usted a la señora Erlynne que te
ga la bondad de entrar.

LORD WINDERMORE.

Leyendo la tarjeta.

No recibas a esa mujer. Es inicuo lo que hecho. Sería horrible que tú hablases n ella.

LADY WINDERMORE

Tengo que recibirla...

LORD WINDERMORE.

Margarita, que tú no sabes quién es esa ujer... No la recibas. Te lo suplico...

LADY WINDERMORE

Es inútil, Arturo. La recibo porque debo cibirla. Porque necesito recibirla.

LORD WINDERMORE.

Deja que yo hable antes con ella. Sal un o, y después, cuando yo te avise...

PARKER.

Anunciando.

La señora Erlynne

ESCENA TERCERA

Dichos y la SRA. ERLYNNE

LORD WINDERMORE.

¡Oh, es una vergüenza!)

SRA. ERLYNNE

A lady Windermore

Qué tal, desde anoche?

LADY WINDERMORE.

¿Y usted, qué tal?

SRA. ERLYNNE.

A lord Windermor

¿Cómo va, Arturo?

LORD WINDERMORE.

Muy fri

Asi, así...

SRA. ERLYNNE

A lady Windermor

¡Si supiera usted qué mal rato! Haberm llevado el abanico! No sé donde tenía cabeza anoche... Así es que esta mañana, primero que se me ocurrió fué enviarlo. Pe ro como hoy mismo me voy de Londres...

LADY WINDERMORE

¿Que se va usted?

LORD WINDERMORE.

¿Por mucho tiempo?

SRA. ERLYNNE.

Para siempre. Voy a vivir a Italia. El cl ma de Inglaterra es horrible. Sufro... d corazón, cosa que estoy resuelta a que s acabe. En Londres hay demasiada niebla demasiada gravedad. Yo no sé si es la ni bla la que pone a las gentes graves o si la gentes graves traen la niebla... Lo único qu sé es que ambas cosas me atacan los ne vios.

LADY WINDERMORE.

Y se va usted hoy mismo? Yo que que-
que pasásemos unas horas juntas...

SRA. ERLYNNE.

igúrese si he de sentirlo... Pero no hay
remedio. Salgo esta misma tarde.

LADY WINDERMORE

Y no nos veremos más?

SRA. ERLYNNE.

emo que no. Nuestras vidas siguen ca-
os muy distintos. ¿Quiere usted hacer-
un gran favor?

LADY WINDERMORE

Cual?

SRA. ERLYNNE.

arme como recuerdo su retrato. ¡Si
a usted cómo se lo agradeceria!

LADY WINDERMORE

lo faltaba más!

Levantándose y yendo al escritorio.

í había uno...

LORD WINDERMORE.

A la señora Erlynne.

s monstruoso que haya usted venido
ués de lo de anoche. Es usted de un
mo repugnante.)

SRA. ERLYNNE

Aparte también.

Vindermore; primero es la buena edu-
ón... y luego, la moral.

LADY WINDERMORE

Con el retra

Vea usted. Estoy muy mal, ¿verdad? el que me hice con el niño he salido muc mejor, más alegre...

SRA. ERLYNNE.

¿Está usted retratada con su hijo? ¡A pues entonces!...

LADY WINDERMORE

¿Prefiere usted? Pues voy por él. Un m mento, y usted perdone...

Sale por la izquier

ESCENA CUARTA

SRA. ERLYNNE *y* LORD WINDERMORE

SRA. ERLYNNE.

A lady Windermore al sa

¡Oh, muchas gracias!

A lord Winderm

Veo que tiene usted muy mal hur esta mañana, y... la verdad, no caigo. ve usted que Margarita y yo nos lle mos divinamente. ¿Por qué ese gesto, ga usted?

LORD WINDERMORE.

¿Por qué?... ¡Después de lo de anoch ¡Oh!

SRA. ERLYNNE

Después de lo de anoche!...

LORD WINDERMORE.

Me ha engañado usted de un modo ini-
... He llevado tres meses de ansiedad,
torturas, de luchas domésticas por guar-
un secreto absolutamente vil...

SRA. ERLYNNE.

Windermore!...

LORD WINDERMORE

Todo antes de que Margarita lo supiera!
lo antes de tronchar la ilusión más gran-
le su vida. ¡El culto a su madre! Su madre
graciada, su madre muerta... resucitando
una mujer con... nombre falso, perversa,
biciosa, corrompida...

SRA. ERLYNNE

Insultos, no! El hombre que insulta a
mujer...

LORD WINDERMORE

Por impedir que Margarita supiera esto...
é no hubiera hecho yo?... ¡Tres meses de
na! Tres meses espantosos de encubri-
, de cómplice... ¡Las únicas palabras du-
que me dijo ella en toda su vida fue-
por usted! Las únicas noches de insom-
de mi vida, han sido por usted; la única
que me ha atormentado la conciencia,
sido por usted... ¡Por usted he estado al
de de la ruína de mi casa y de la ruína

de mi corazón! Y usted, que paga esto c
lo de anoche... ¡Con la edificante escena
anoche!...

SRA. ERLYNNE

¡Con la edificante escena de anoche!
¡Oh!

LORD WINDERMORE

A las pocas horas de salir de esta casa c
mo salió usted reivindicada, redimida, enn
blecida, va usted a otra casa a revolver
nuevo su fango. ¡Es espantoso!

SRA. ERLYNNE.

¡Espantoso! ¡Espantoso!

LORD WINDERMORE

Se ampara usted del nombre irreproch
ble de mi mujer...

SRA. ERLYNNE.

¡De mi hija!...

LORD WINDERMORE.

¡Y una vez recosida la túnica social,
apresura usted a encenagarla!... Y toda
tiene usted el cinismo de sentarse al lado
Margarita, de hablar con Margarita...

SRA. ERLYNNE

Con mi hija, perdone usted...

LORD WINDERMORE

¡No tiene usted derecho a llamarla así!
abandonó usted por su amante... Bien qu
luego, su amante la abandonó a usted...

SRA. ERLYNNE

Y a quién cree usted que hace honor el
ndono, a él o a mí?

LORD WINDERMORE

hora que la conozco a usted, a él.

SRA. ERLYNNE

Está usted seguro?

LORD WINDERMORE

egurísimo. Ha pasado usted veinte años
u hija. Ha vivido usted veinte años sin
darse de ella para nada... Un día coge
d un periódico, lee que su hija se ha
do con un hombre rico, y viene usted a
dres, aprovechando la ocasión propicia
n «chantage».

SRA. ERLYNNE

Va usted a seguir el camino de la impu-
d?

LORD WINDERMORE

Qué cree usted? ¿Que voy a medir mis
bras con una mujer de su condición?...
uanto al cambio de abanico es imper-
ble. Además, debe usted llevárselo;
no contamine a Margarita, que no la
elva en su aire de liviandad.

SRA. ERLYNNE

e lo llevaré. Le diré que me lo regale...
a traerlo...

LORD WINDERMORE

Vino usted a traerlo? ¿Nada más que a

traerlo?... Vamos... ¿a qué vino usted
el pretexto de traer el abanico?

SRA. ERLYNNE

Vine a despedirme de mi hija... No p
usted ese gesto. No voy a promover u
cena patética, ni a abrazarla entre lágr
No tengo la menor ambición por repr
tar el papel de madre. Una sola vez e
vida he sentido esa emoción: anoche
no la volveré a sentir! ¡Fué demasiado
masiado!... Veinte años he vivido sin e
sin ella habré de vivir los que aún est
el mundo. Aparte de que será difícil
mí el papel de madre con una hija ya
da. Margarita tiene veintidós años; y
he plantado en veintinueve... a lo
confieso treinta...

LORD WINDERMORE

¡Qué cinismo!,..

SRA. ERLYNNE

Treinta años de día y a pleno sol. V
nueve al amparo de la luz eléctrica... P
usted estar tranquilo; yo he de dejar
hija la ilusión de su culto por la m
muerta, honesta y virtuosa... ¡Para qué
venir la ilusión ajena! ¡Es tan difícil co
var la propia...! Anoche perdí yo mi il
más grande... Creí que no tenía coraz
comprobé que lo tenía. El corazón es
carga insoportable. Además, no vá bie
la «toilette» moderna...

LORD WINDERMORE

¡Es usted odiosa, aborrecible!...

SRA. ERLYNNE

Porque no lloro, porque no hago escenas, porque no hablo de la consabida retirada al convento, o de irme de enfermera a un hospital... Esas arrepentidas son arrepentidas de libro... En la vida real no se hacen esas cosas... al menos mientras la mujer puede pasar. Lo que consuela, amigo mío, no es el arrepentimiento, sino las diversiones. Además, cuando una mujer hace de Magdalena arrepentida, pocos creen en su arrepentimiento.

LORD WINDERMORE

Es usted mala; mala. Ahora es cuando siento no haberle dicho a Margarita...

SRA. ERLYNNE

¡Yo me arrepiento de haber obrado mal y usted de haber obrado bien. Esta es la diferencia entre nosotros dos.

Entra lady Windermore con otro retrato.

ESCENA QUINTA

Dichos y LADY WINDERMORE

LADY WINDERMORE

Dando el retrato a la señora Erlynne

¡Qué jaleo para encontrarlo! He tenido que

revolver toda la casa... Al fin lo hallé en el cuarto de «toilette» de Arturo: ¡Me lo había robado a traición!...

SRA. ERLYNNE

¡Es un grupo precioso!... El chiquitín... ¡qué lindo! ¡Qué gesto más gracioso tiene!... ¿Cómo se llama?

LADY WINDERMORE.

Como mi padre: Gerardo.

SRA. ERLYNNE

¿Usted no habría preferido una niña?

LADY WINDERMORE.

No,... es decir...

SRA. ERLYNNE

Si hubiese sido niña...

LADY WINDERMORE.

Le hubiera puesto el nombre de mi madre, que se llamaba como yo...

SRA. ERLYNNE.

¿Margarita?... También yo me llamo Margarita...

LADY WINDERMORE.

¿También?

Entra Parker

PARKER

Anunciando

El señor Lorton.

ESCENA SEXTA

Dichos y LORD LORTON

LORD LORTON.

Entra, y al ver a la señora Erlynne se queda estupefacto. Hace gestos a Lord Windermore dando a entender su asombro y su disgusto. Saludando a Margarita, le dá la mano.

Soy un dormilón.

SRA. ERLYNNE

Alarga la mano a Lorton

¿Qué tal?

LORD LORTON.

Consultando con la mirada a Lord Windermore, dá la mano a la señora Erlynne.

Perfectamente! (Me parece que la indi-
ta... ¿Eh?)

Sigue hablando con Lord Windermore

LADY WINDERMORE.

A la señora Erlynne

¿Con qué pagarle a usted lo que hizo
che?)

SRA. ERLYNNE

Chito! ¿A qué hablar de eso?...)

LADY WINDERMORE.

Debo hablar. Necesito hablar. No puedo

consentir un sacrificio tan terrible. ¡No
no! Es demasiado grande. Se lo diré todo
mi marido. ¡Es mi deber... mi deber!)

SRA. ERLYNNE.

(Su deber de usted es la gratitud. Y
gratitud que le pido es el silencio.)

LADY WINDERMORE.

(¡Pero usted aparece deshonrada sien
inocente!... La culpable soy yo... ¡Oh, se
diré, se lo diré todo!)

SRA. ERLYNNE.

(¡Para desgarrarle el corazón!... Deme
ted su palabra de que callará. El secreto
anoche queda entre las dos... ¿Conf
mes?...)

LADY WINDERMORE.

(¡Conformes!...)

LORD LORTON.

Aparte a Lord Winderm

(Si eso es lo malo, que no sé nunca a
atenerme. ¿Ves? Ahora mismo estoy con
ella. ¡Qué te voy a decir! Pues hace una
ra... ¡Si es que no sé! ¡No sé!...)

Pa

(Porque mira que lo de anoche...)

LORD WINDERMORE

(Eres un abúlico. Tu voluntad fluctú

LORD LORTON

(Eso es...)

LORD WINDERMORE

Careces de resolución...)

LORD LORTON

Eso es!...)

LORD WINDERMORE.

Y si estás persuadido de ello, ¿cómo no sometido tu voluntad a una disciplina?)

LORD LORTON.

Asombrado

Sí estoy persuadido... Caramba, pues nes razón...)

SRA. ERLYNNE.

Lorton... ¿Quiere usted venir un momento?...

LORD LORTON

Siempre consultando con la mirada a Lord Windermore.

¿Tú ves?... Ya empiezo a fluctuar...

SRA. ERLYNNE.

A Lady Windermore

(¿Cómo tener secretos para usted?)

LADY WINDERMORE.

(Yo hablaré con Arturo.)

LORD LORTON

A Lord Windermore

(¿De modo que muy frío y muy seco?...)

(¡Pues tú verás!...)

Avanza cómicamente ceñudo hacia la

señora Erlynne, con la cual h
aparte.

LORD WINDERMORE.

A Lady Windern

(Es intolerable que hayas estado hab
do con esa mujer.)

LADY WINDERMORE.

(¡Arturo, la vida es indulgencia! El mu
es el mismo para todos.)

LORD WINDERMORE

(Pero, ¿qué dices?)

LADY WINDERMORE.

(Digo que el bien y el mal, caminan da
dose la mano. Querer cerrar los ojos
media vida, para no ver sino la otra med
es como si uno se vendase para camin
por un lugar lleno de abismos.)

LORD WINDERMORE.

(Pero, ¿qué estás hablando, Margarita

LADY WINDERMORE.

Con melancol

(Yo he cerrado los ojos para no ver
mal, y he estado al borde del abismo...
una persona que nos separó...)

LORD WINDERMORE

Con fueg

(¡No nos separó!... ¡No nos separó nunc
nadie!... ¡No nos separarán jamás!...)

LORD LORTON

Riendo a carcajadas

¡Perfectamente! ¡Perfectamente!

SRA. ERLYNNE

Qué escandaloso es este hombre!

Acercándose a Lady Windermore

LADY WINDERMORE

Risueña

ero Lorton... Por Dios...

Habla aparte con la señora Erlynne

LORD WINDERMORE

Viendo acercarse a Lorton

Imbécil!)

LORD LORTON.

Yendo hacia Lord Windermore

¿Imbécil?)

LORD WINDERMORE

¿Qué?)

LORD LORTON

No; tú a mí. Tú a mí me llamarás imbé-
Pero, hijo, cuando una mujer como esta
e lo que hizo anoche por un hombre
no yo...)

LORD WINDERMORE.

¿Lo de anoche lo hizo por tí?...)

LORD LORTON

¡Naturalmente!... ¿De donde iba a ir ella
asa de Darlington, sino porque sabía que
yo?... Yo le dije al salir del baile:
asaré la noche en casa de Darlington,
e se va mañana»..., y se plantó allí, cre-
ndo que estaríamos Darlington y yo
os. Pero como después llegó tanta gente,

se asustó, se escondió, y vino todo lo más...)

LORD WINDERMORE

(Me dejas perplejo.. como tú dices.)

LORD LORTON

(Anda y que te ahorquen... ¡Mira que que va a sacar cargando conmigo...!)

LORD WINDERMORE

(¿Cargando contigo?... ¿Pero os casáis?

LORD LORTON

(Y nos vamos a Italia inmediatamente.)

LORD WINDERMORE

(¿Sabes que la señora Erlynne es viuda

LORD LORTON

En alta v

¡Viuda!... ¡El equilibrio! ¡Un amor de pr mera clase!...

LADY WINDERMORE

¿Qué dice?...

LORD LORTON

Riend

¡Que puede usted ir pensando en el rega lo de boda! ¡Que la señora Erlynne y yo!.

LADY WINDERMORE

A la señora Erlynne

¿Pero, es de verdad? Pues ningún regal mejor que el abanico... ¿verdad, señor Erlynne?

SRA. ERLYNNE

Para mí, ninguno mejor.

LADY WINDERMORE

Tiene un nombre que es el mismo de usted.

LORD WINDERMORE

Irónico a Lorton.

Pues hijo, bien puedes decir que te casas con una mujer de mucho espíritu...

LORD LORTON

Por eso me caso... Yo no tengo ninguno... ¿Me negarás la paradoja?...

TELON

INDICE

Páginas

El teatro de Oscar Wilde, *por Cristóbal de Castro* 7

ACTO PRIMERO

Escena primera 19
Escena segunda 20
Escena tercera 28
Escena cuarta 36

ACTO SEGUNDO

Escena primera 47
Escena segunda 52
Escena tercera 56
Escena cuarta 57
Escena quinta 59
Escena sexta 62
Escena séptima 67
Escena octava 68
Escena novena 73

Páginas

Escena décima..... 74
Escena undécima..... 75

ACTO TERCERO

Escena primera 8
Escena segunda 8
Escena tercera..... 9

ACTO CUARTO

Escena primera..... 11
Escena segunda..... 11
Escena tercera..... 11
Escena cuarta..... 12
Escena quinta..... 12
Escena sexta..... 12

DOS PESETAS

Imp. J. Pueyo, Luna, 1